LIBRO dot.com

LA BOLA DE NIEVE

****

MANUEL TAMAYO Y BAUS

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Índice

La bola de nieve

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

****

Drama en tres actos

Pepa y Andrés queridísimos: Al colocar vuestros nombres al frente de esta obra, doy prueba, aunque pequeña, del grande amor que os tiene mi corazón, porque sois mis hermanos y porque sois buenos. Recibidla pidiendo a Dios por el eterno descanso de nuestra virtuosa madre.
MANUEL.

REPARTO
en el estreno de la obra, representada el 12 de mayo de 1856, en el teatro del Príncipe, a beneficio de D. Joaquín Arjona.

PERSONAJES	**ACTORES**
CLARA	**Doña Teodora Lamadrid.**
MARÍA	**Doña María Rodríguez.**
LA MARQUESA	**Doña Lorenza Campos.**
JUANA	**Doña Cristina Ossorio.**
FERNANDO	**Don Joaquín Arjona.**
LUIS	**Don Julián Romea.**
ANTONIO	**Don Victorino Tamayo.**
PEDRO	**Don Fernando Ossorio.**

Acto primero

Comedor decorosamente amueblado en el carmen de la Marquesa. Mesa grande de comer en el centro. Otra mesa de té a la izquierda con algunos libros encima. Sillas, etc., etc. Puerta en el foro y otras dos a cada lado de la escena.

ESCENA PRIMERA

JUANA y PEDRO.

JUANA aparece poniendo la mesa para el almuerzo; PEDRO sale poco después por la puerta del foro con platos, copas, etc., etc.

JUANA.(Cantando.)
Cruzando el aire subía
un serafín a los cielos,
y al mirar a España, dijo:
«No subo, que aquí me quedo.»

PEDRO .Bendiga el cielo tu boca
bendiga el cielo tu sal.

JUANA.¡Qué fino amanece el día!

PEDRO. Si me derrito al mirar
esos ojillos; si vales
más plata...

JUANA.¿Y cuando te da
Por armar camorra?

PEDRO. Son
los celos pícaros mal.

JUANA. Pues deja para los amos
tan graciosa enfermedad,
que a ti maldita la falta
que te hace.

PEDRO. Es natural
que uno cuide...

JUANA. Pues si ahora
ni aun tengo con quien hablar
metida aquí.

PEDRO. ¿No te gusta
vivir en el carmen?

JUANA. ¡Ca!
A mí me gusta ver gente.

PEDRO. Por eso a Granada vas
todos los domingos y
demás fiestas de guardar.

JUANA.¿Y qué?...

PEDRO. Nada.

JUANA. Pues confía
en tu mujer, y hazte más
favor a ti.

PEDRO. Ciertamente
que ya no soy un chaval;
pero aún tengo mucho aquel
y mucha gracia...

JUANA. Es verdad,
m mío.

PEDRO. ¡Ay, Juanilla
de mis entrañas, qué par!

JUANA. Pues mira, ya que conoces
tu mérito personal
y mi virtud, no más celos,
o me las has de pagar.

PEDRO.¿Cómo se entiende?...

JUANA. Lo dicho.

PEDRO.(En tono de amenaza.)
Tengamos la fiesta en paz.

JUANA.(Burlándose.)
¡Qué miedo!

PEDRO. ¿Qué va que cojo
un buen garrote?...

JUANA. ¡Pues ya!

PEDRO.¿Y sin más ni más te arrimo
una paliza?

JUANA. Cabal. (Cantando.)
Debajo de nuestra cama
hay unos zapatos blancos;
ni son tuyos ni son míos:
¿De quién son estos zapatos?

PEDRO.(Queriendo interrumpirla mientras canta.)
Vamos, calla... Bien sé yo
que mi Juana no es capaz
¡Eh, que aún duerme el señorito!
¡Eh, que a despertarle vas!

JUANA. Que se despierte; ya es hora.

PEDRO. Cierto; le voy a llamar,
que si no luego me riñe,
y hoy de fijo reñirá;
pero como anoche vino
tan tarde, era crueldad
quitarle el sueño tan pronto
como otros días.

JUANA.(Concluyendo de poner la mesa.)
Ya esta
puesta la mesa; por mí
cuando les dé la real...

PEDRO. Sí, ni en dos horas...

JUANA. Entonces
de ellos la culpa será,
o de la Pepa, que guisa
con mucha solemnidad,
y si la pegan conmigo,
como por lo regular
sucede, vaya, ¡pues no
que no!, los sordos me oirán.
Sí, que la chica se muerde
la lengua... Y si estoy de más,
que lo digan. A mí nadie
me sitia por hambre; y no hay
aquí ninguna escritura
de por medio, y cada cual
es rey en su casa; y mientras
a una no le falte el pan...

PEDRO. Pero mujer. ¿quién te ha dicho
que te vayas?

JUANA. Es igual;
por si lo dicen. Ya estoy
hasta los pelos.

PEDRO. ¡Qué afán!
JUANA. La señorita.

PEDRO. Y el otro
durmiendo. Vamos allá.
(Entrase por la puerta de la derecha.)

ESCENA II

JUANA Y CLARA. Esta sale por la puerta de la izquierda de primer término.

CLARA. Hola, Juana; buenos días.

JUANA. Muy buenos los tenga usted,
señorita.

CLARA. ¿A qué hora vino
por fin?

JUANA. Serían las tres.

CLARA. Le oí llamar. Y qué, ¿duerme
aún?

JUANA. A cuerpo de rey.

CLARA.¿Y Luis?

JUANA. Hoy se ha levantado
con las gallinas. No sé
qué tiene: ello es que no cesa
de entrar y salir, y hacer
gestos, y hablar solo. A mí
me preguntó no sé qué,
respecto a la señorita
María; que ya es moler
tanto preguntar, y tanta
cosa, y tanto que si fue,
que si vino, y dale bola
que le darás, y otra vez
vuelta a lo mismo. Yo -claro-,
como quien oye llover

le oigo siempre, que ni soy
alguacil, ni me está bien
meterme en líos, ni quiero
rifar con la otra por él;
y que yo con mi marido
tengo bastante belén.

CLARA.¡Oh!, calla.

JUANA. No sabe una
cómo se ha de componer.
Si no dice nada, malo;
si dice, malo también.
(Parece que le ha escocido:
que se rasque.)

CLARA. (¡Y no sabré!...)

ESCENA III

DICHAS y PEDRO. Este trae algunas prendas de vestir.

CLARA.¿Qué llevas ahí?

PEDRO. La ropa
del señorito.

CLARA ¿De quién?
¿De Fernando?

PEDRO. Justo.

CLARA. Dame.

PEDRO. Iba a limpiarla.

CLARA. Después
vuelve por ella.

PEDRO. Es que ahora...

CLARA. Idos.

PEDRO. Pero...

CLARA. Obedeced.

JUANA. Ni que fuéramos esclavos.

CLARA.¿Qué es eso?

PEDRO. Vamos, mujer.
(Vanse por la puerta de la izquierda de segundo término.)

ESCENA IV

CLARA, y a poco MARÍA.

CLARA.¡Qué bueno que en los bolsillos
(Registrando los de la ropa.)
le encontrase algún papel,
alguna prenda!... No; nada:
lo que es en el frac... A ver
si en el pantalón...

MARÍA. ¿Clarita?

CLARA.(Me pilló. ¿Qué le diré?)

MARÍA. No me haces caso; algún día
te pese, Clara, tal vez

CLARA.(¡Qué gravedad!) ¿Y qué quieres
darme con eso a entender?
Explícate.

MARÍA. Fuera indigno
de ti tratar con doblez
a quien es casi tu hermana.

CLARA.¿Fuera mejor darte pie
para que otro sermoncito
me encajes como el de ayer,
como el de todos los días?
No es tanta mi candidez.

MARÍA. Cuando ha dos años el cielo
con su invencible poder
me privó de aquella madre
que era mi único sostén,
la tuya me abrió las puertas
de su casa, donde hallé
nueva familia. Tu hermano

conmigo va a contraer
matrimonio, siendo él rico
y yo pobre. Como ves,
conozco mi deuda. En tanto
que mayor pago no os dé
aun a riesgo de enojarte
he de procurar tu bien.
Fernando te quiere.

CLARA. Sí;
como tú a Luis.
MARÍA. Pues a fe
que te quiere mucho entonces.

CLARA. Mi amor sí que es grande y fiel;
Luis sí que a ti te idolatra;
pero vosotros tenéis
un modo de amar tan raro

MARÍA.¿Cómo te convenceré?
¡Qué ceguedad! Pues, que, ¿sólo
desconfiar es querer?
¿Qué logra tu hermano? Darme,
sin motivo alguno, cien
y cien pesadumbres, como
tú a Fernando. Bien se ve
que una misma sangre corre
por vuestras venas; y a ser
menos constantes nosotros,
pudiera tanta sandez.
llegar a cansarnos. Mira
que parece que queréis
en vez de haceros amar
haceros aborrecer.

CLARA. Eso; predica, predica.

MARÍA. Tu madre llama.
(Oyese una campanilla.)

CLARA. Pues ven:
Sin duda querrá vestirse,
que es tarde.
(Dirígense ambas hacia la puerta de la izquierda de primer término.)

ESCENA V

DICHAS y LUIS; éste sale por la puerta del foro.

LUIS. ¿Adónde corréis?

CLARA. Mamá está llamando.

MARÍA. Luis...
(Acercándose a él cariñosamente.)

LUIS.¿Qué se te ofrece? (Con sequedad.)

MARÍA. ¿Hoy también
sopla mal aire?

LUIS. (Chancitas...)

CLARA.¿Vienes?

MARÍA. (¿Qué podrá tener?)
(Vanse ambas por la puerta antes indicada.)

ESCENA VI

LUIS.¡Válgame el cielo, qué noche!
Y no hay más; bien lo escuché.
Pero esto,¿qué significa?
¿No es una ridiculez
dar importancia a tal cosa?
Sin embargo, hacía un mes
lo menos que yo abrigaba
una duda tan cruel,
y lo de anoche, ¡qué diablos!,
por fuerza me ha de escocer.
De la criada ni jota
saqué en limpio. ¡Qué soez,
qué torpe! Y ella, si hay algo,
debe saberlo... Es mujer,
y quizá poniendo a prueba
su vanidad, lograré
que cante de plano, y luego
cargue con ella Luzbel.

ESCENA VII

LUIS y JUANA.

LUIS.¿Eres tú?

JUANA. Yo, que he venido
por esto. (Cogiendo la ropa de Fernando.)

LUIS. Escúchame.

JUANA. Escucho. (Acercándose a Luis.)

LUIS.¿Sabes que me gustas mucho?

JUANA. Más le gusto a mi marido.

LUIS. Puedes estar engreída
con tu elección.
JUANA. Ya se ve:
para marido, el que dé
menos señales de vida.
Y que el pobre no sosiega
por mí; sólo que de pronto
le da por hacer el tonto.
Al fin, lo malo se pega. (Con intención.)
Y,¡pues!, con tal vecindad,
le cogió también la racha,
y tiene celos...

LUIS. ¡Muchacha!

JUANA. Toma claro, la verdad.
Pero yo, aunque él se sofoque,
canto y río.

LUIS. ¡Ah, picaruela!
(Queriendo darle un abrazo.)

JUANA.(Retirándose bruscamente.)
Quieto, que no soy vihuela
para que nadie me toque.

LUIS. Vamos; no la eches de huraña.

JUANA.¡Me gusta! ¿Y la señorita?

LUIS. Ya sólo verla me irrita:
bien sabes tú que me engaña.

JUANA.¿Yo?...

LUIS. Y callándolo has querido
evitarme un desconsuelo,
sin presumir... (Abrazándola.)

ANTONIO. (Presentándose en la puerta del foro.)
Yo me cuelo.

JUANA. (Rechazándole.)
¡Dale!

PEDRO.(Dentro.) Juana.

JUANA. ¡Mi marido!
(Despréndese de los brazos de LUIS y vase por la puerta del foro, dejando caer al suelo la ropa que antes había cogido.)

ANTONIO.¡Hola!
LUIS. ¡Animal!
(Empujando violentamente a PEDRO, que sale por la puerta de izquierda de segundo término.)

ESCENA VIII

ANTONIO y PEDRO.

PEDRO. (Llevándose las manos a la cabeza.)
¡Qué empellón!
Por poco me hace caer.

ANTONIO. (Un abrazo a la mujer,
y al marido un coscorrón.)

PEDRO. Podía estarme esperando
la ropa. (Recogiéndola del suelo.)

ANTONIO. ¡Calla! Luis era,
sí.
(Dirigiéndose hacia el sitio por donde se marchó Luis.)

PEDRO.¿Qué se ofrece?
(Deteniéndole. Deja la ropa sobre la silla.)

ANTONIO. Quisiera
ver al punto a don Fernando.

PEDRO. Iré al momento a pasar
recado.

ANTONIO. Bien.

PEDRO. (¡Que dolor!)
(Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha de primer término.)

ANTONIO. Anuncie usted al doctor
don Antonio de Aguilar.
(Viendo que se detiene.)

PEDRO. Doctor, ¿eh?...(Yo estoy convulso.)

ANTONIO.¿No va usted? (Impacientándose.)

PEDRO. Ya voy.
(Dirigiéndose de nuevo a la puerta indicada)

ANTONIO. Creí... (Siéntase.)

PEDRO. Señor doctor...
(Después de haberse acercado a ANTONIO con algún empacho.)

ANTONIO. ¿Aún aquí?

PEDRO.¿Quiere usted tomarme el pulso?
Contra esa maldita puerta...

ANTONIO.(¡Pobre hombre!)

PEDRO. Un golpe me he dado.

ANTONIO. Póngase usted, y es probado,
un emplasto de ojo alerta.

PEDRO.¿Cómo? ¿Ojo qué?...

ANTONIO. Por escrito
daré la receta; pero
anúncieme usted primero.

PEDRO. Aquí sale el señorito.
(Toma la ropa y vase por la puerta del foro.)

ESCENA IX

ANTONIO y FERNANDO, que sale por la puerta de la derecha.

ANTONIO.¡Fernandillo!
(Yendo hacia él, y arrojándose en sus brazos.)

FERNANDO.¡Antonio! (Abrazándole)

ANTONIO. Así;
aprieta, aprieta.

FERNANDO. ¿Qué tal?

ANTONIO. Ya me ves. ¿Y tú?

FERNANDO. Tal cual.

ANTONIO.¡Qué gozo!
(Tendiéndole de nuevo los brazos.)

FERNANDO. Siéntate aquí. (Siéntanse ambos.)

ANTONIO.¡Ay, chico, horrendo viaje!

FERNANDO.¿Y hace mucho que has llegado?

ANTONIO. No más que lo que he tardado
tan sólo en cambiar de traje.
Pensé que aquí te hallaría,
y no me engañó mi anhelo.

FERNANDO. Pasar los veranos suelo
con la marquesa, mi tía.

ANTONIO. Juntos, por fortuna, os hallo.
¿Y Clara? ¿Y Luis?

FERNANDO. Buenos.

ANTONIO ¡Oh!, cúralos yo si no
en menos que canta un gallo.

FERNANDO. Que eres hombre de provecho
sé, y te doy mil parabienes.

ANTONIO. Sí, amigo mío; aquí tienes
un doctor hecho y derecho.
Y ya verás cuál me ufano,
y que no como ni duermo
por enterrar al enfermo
y hacer enfermar al sano.
Y tú, ¿te diviertes?

FERNANDO. Sí...

ANTONIO.¡Lo dices de un modo!

FERNANDO. Lucho
contra un mal...

ANTONIO. Me alegro mucho:
prefiero ensayarme en ti.

FERNANDO.¿Ensayarte -¡que imprudencia!-
en mí, que tu amigo soy?

ANTONIO. Yo siempre al amigo doy
en todo la preferencia.
Obraré con juicio y calma;
y si no te pongo bueno
antes de un mes...

FERNANDO. No hay galeno
que cure males del alma.
Y a curarme no te obligo,
porque ya comprenderás...

ANTONIO. Si el médico está de más,
podrá curarte el amigo.

FERNANDO. Ya sabes que fue pactada
con Clara ha tiempo mi unión:
Y hoy, que sus hechizos son
maravilla de Granada,
la dicha sin par me espera
de poder llamarla esposa.

ANTONIO. Pues dígote que es la cosa
para afligir a cualquiera.
¡Ah, ya caigo! Es en el día
tan coqueta la mujer,
y hay tanto... ¿Tendrás que hacer
a algún pollo una sangría?

FERNANDO. No; mi prima es virtuosa.

ANTONIO. Entonces yo no me explico
por qué te lamentas.

FERNANDO. Chico,
mi prima...

ANTONIO. Acaba.

FERNANDO. ¡Es celosa!
(Con mucho énfasis, levantándose.)

ANTONIO. De eso, que te ama se infiere.

FERNANDO .Me quiere de tal manera,
que ojalá no me quisiera
tanto. ¡Ay Dios, cómo me quiere'

ANTONIO. Pues no te enojes si toco
(Levantándose también)
la llaga: cuando has notado
que te quiere demasiado,
tú debes quererla poco.

FERNANDO. Te engañas. Saben los cielos
que sólo para ella existo;
mas tú nunca, por lo visto,
has sido amado con celos.
Ni este mal en Clara es como
el que a otras niñas desvela;
no: los celos de mi Otela
son celos de tomo y lomo.
Son terrible frenesí,
que acabará con los dos
si antes no se apiada Dios
de la celosa o de mí.
¡Qué dicha, si al fin la viera
prudente, afable, capaz
de vivir conmigo en paz,
trocada en mujer de fiera!
Pero no: al mal que padece
no hay remedio , y más se inflama
con mi cariño cual llama
que más con el viento crece.
Distinto amor cada día
me atribuye: si hoy por Juana
o Luisa o Petra, mañana
por Inés, Concha o Lucía.
No hay mujer, bonita o fea,
moza o vieja, fina o ruda,
doncella, casada o viuda
de que galán no me crea.
En continua actividad
todo lo observa, y de todo
indicio saca a su modo
de nueva infidelidad.
Cualquiera nonada irrita
su vil pasión; no me es dado,
sin que haya algún altercado,
ni estrenar una levita.

Cuando mucho se dilata
mí sueño. a mi bella plugo
tratarme bien; si madrugo
es porque bien no me trata.
Y firme en su empeño loco
de hallar en todo misterio,
no le gusta verme serio,
ni verme alegre tampoco.
Preso en tan estrechos grillos,
dejo con santa paciencia
que abra mi correspondencia,
que registre mis bolsillos.
¿No sale? Pues, con efecto,
yo aquí me quedo encerrado.
Que sale, pues yo a su lado
muy rígido y circunspecto.
Sin que su furor estalle,
no puedo en casa chistar;
no puedo hablar, ni mirar,
ni respirar en la calle.
Si por fin su venia obtengo
y suelto algún paso doy,
ella sabe adónde voy,
dónde estoy, de dónde vengo;
a ella nada se le escapa,
porque, a la menor sospecha,
por orden suya me acecha
toda una ronda de capa.
Hay para darse al demonio;
es cosa de no poder
vivir; es cosa de hacer
un disparate. ¡Ay. Antonio!
Cásate con la que sea
más pobre y más gastadora,
más necia y más habladora,
más presumida Y más fea;
con una dama de pro,
a quien cerque el mundo entero,
y que juegue y fume; pero.
¿con mujer celosa? No.

ANTONIO. Cierto que Clara es muy bella,
pero si tanto te oprime
y te martiriza, dime:
¿por qué te casas con ella?

FERNANDO. ¿No ves que así lo reclama
antiguo y solemne pacto;
que si ahora yo me retracto

en riesgo pongo su fama?
Ni exigen sólo esta unión
el interés y el decoro;
me caso porque la adoro
con todo mi corazón

ESCENA X

DICHOS y LUIS.

LUIS. Señor don Antonio,¡bravo!

ANTONIO. Luis...

LUIS. Me gusta la, cachaza.
Ni te has dignado siquiera
darme aviso...

ANTONIO. Éste me estaba
contando cosas, y...

FERNANDO. Cierto;
yo le he entretenido.

ANTONIO. Vaya,
dame los brazos.

LUIS. No pienses
que así mi enojo desarmas.

ANTONIO.¡Eh, ven acá, buena pieza! (Abrazándole.)

LUIS. Tú sí que eres linda alhaja.
¿Y qué diablos te decía
Fernando?

ANTONIO. Me noticiaba
su próximo casamiento
con tu bellísima hermana,

LUIS.(Si yo averiguase...)

ANTONIO. ¿Y tú?

FERNANDO. Toma; también él se casa.

ANTONIO.¿También?

LUIS (Según y conforme.)

ANTONIO. ¿Quién es la ninfa que alcanza?...

FERNANDO. Una hermosa huerfanita
a mi tía encomendada.

ANTONIO.¿Y tiene?...

FERNANDO. Ruin patrimonio,
pero es opulenta en gracias
y en virtud.

LUIS. (¡Cuando yo digo!...)

ANTONIO. A bien que a Luis no le falta...
¿Y cuándo, cuándo tendremos
boda?

FERNANDO. A un tiempo celebradas
serán las dos, no bien lleguen
las dispensas necesarias
para la mía.

ANTONIO. A ver quién
sirve mejora la patria.
¿Está visible tu madre?

LUIS. Sí.

ANTONIO. Pues voy a saludarla,
y me ausento.

FERNANDO. ¡Bah!...

LUIS. ¿Tan pronto?

ANTONIO. Sí: desde esta madrugada
no ha entrado en mí cuerpo más
que una pócima nefanda
que en el parador dijeron
ser chocolate.

FERNANDO. ¿Y te marchas
por eso?

ANTONIO. Pues digo...

FERNANDO. A fe

que estás oportuno.

LUIS. Aguarda
y almorzarás con nosotros.

FERNANDO. Mal que te pese,

LUIS. A la trágala.

ANTONIO. Bien, corriente. Y ¿a qué hora
se acostumbra en esta casa?...

FERNANDO. Temprano.

ANTONIO. Sí, cuanto antes,
que yo traigo hambre atrasada.

LUIS.¿Ves? Ya está puesta la mesa.

ANTONIO. Ya lo veo. Lindas trazas
tiene esta quinta.

FERNANDO. Es un carmen
precioso.

ANTONIO. Mucho me agrada.
Pero, ¿no vamos a ver
a tu madre?

LUIS. Vamos. Pasa.

(Empujando a ANTONIO para que pase primero. Ambos entran por la puerta de la izquierda de segundo término. Cuando FERNANDO va a entrar también, sale CLARA por la puerta del foro y le llama.)

ESCENA XI

FERNANDO y CLARA.

CLARA.¡Eh, Fernando!

FERNANDO. ¡Clara mía!

CLARA.¡Qué visita tan pesada!

FERNANDO. Si es Antonio.

CLARA. ¿Antonio?

FERNANDO. El mismo:
ha llegado esta mañana.

CLARA. Ya sabes que no me gustan
los amiguitos. Son plaga
insoportable.

FERNANDO. ¿No quieres
que bese tu mano?

CLARA. Aparta.

FERNANDO.¡Clara, por piedad!

CLARA. No hay beso.

FERNANDO.(Pues está menos airada
de lo que yo me temía.)
Clarita...

CLARA. En balde te cansas.
Sí, sí; contenta me tienes.

FERNANDO.¿Volvemos a las andadas?

CLARA. Pues qué, cuando tú me olvidas,
cuando, inconstante, me agravias,
¿yo he de mostrarme contigo
afable, halagüeña? Nada
de eso. Tus desdenes pago
con desdenes. No es tan blanda
mi condición.

FERNANDO. ¡Cuán injusta!...

CLARA. Cierto que sí.

FERNANDO.¡Cuán ingrata!

CLARA. Muy ingrata, mucho.

FERNANDO. Dime
de tus enojos la causa.
(Harto la sé.)

CLARA. ¡Bah!, no finjas.
¿Cómo puedes ignorarla?

¿En dónde se estuvo anoche
su merced hasta las tantas?

FERNANDO. Sosiégate.

CLARA. ¿Adónde fuiste?
Quiero saberlo: ¿qué tardas
en responder?

FERNANDO. Doña Antonia
me invitó al baile que daba
con motivo...

CLARA.¿Y fuiste?

FERNANDO. Hacía
por lo menos tres semanas
que no iba a verla, y creí
deber reparar mi falta.

CLARA.¿Y había muchas señoras
en el baile?

FERNANDO. Muchas.

CLARA. ¿Guapas?

FERNANDO. Guapas.

CLARA. ¿Y estaba Clotilde?

FERNANDO. Y Rosa, y Carmen y Paca.

CLARA. ¿Y hablaste con ellas?

FERNANDO. Sí.

CLARA. ¿De qué?

FERNANDO. De modas, de galas,
de teatros.

CLARA. ¿Nada más?

FERNANDO. Nada más.

CLARA.¿Y te miraban?

FERNANDO. En tanto que hablé con ellas

no se volvieron de espaldas.

CLARA. Con que ¿se pasó el ratillo?

FERNANDO. Así, así.

CLARA. Y tú, que valseas
tan bien, bailarías

FERNANDO. Mucho
fatiga en junio la danza;
con todo, bailé una polca.

CLARA. Yo lo celebro.

FERNANDO. ¿Sí? Gracias.

CLARA. Y allá, sin duda, estarías...
¿qué tiempo?

FERNANDO. Tres horas largas.

CLARA. Largas , ¿eh?

FERNANDO. Largas

CLARA. ¿Y luego?

FERNANDO .El coche me trajo a casa.

CLARA. Vamos, que algo más habría
por allá.

FERNANDO. Sí, me olvidaba...
Hubo té, dulces, helados,
golosinas...

CLARA. Calla, calla.
¡Pues no se burla el inicuo
de los males que acibaran
mi vida por culpa suya!
Esto sólo nos faltaba.

FERNANDO ¿Y qué he de hacer? Tu locura
mofa merece, no lástima.
Desecha los torpes celos
de que ahora gimes esclava,
y verás entonces, libre
de injusta desconfianza,

que por ti, mi bien, tan sólo
de amor mi pecho se abrasa;
que en ti mi ventura cifro,
que eres alma de mi alma.

CLARA. Falso, hipócrita. embustero.

FERNANDO.¡Por vida!...

CLARA. Si no me engañas.
Tú quieres a otra: lo sé.
Te lo conozco en la cara.

FERNANDO.¡Ay Dios!

CLARA. En vano lo niegas.

FERNANDO. Pero...

CLARA. No hay pero que valga.
Di que sí: dilo.

FERNANDO. Pues bien,
Sí.

CLARA. ¿Si?

FERNANDO. Lo que oyes.

CLARA. No me hagas
rabiar. ¡Infame! ¿Te gozas
en verme desesperada?
¿Quieres a otra?

FERNANDO. ¡Sí!

CLARA. Mentira.
Di que es mentira.

FERNANDO. Ya basta:
Déjame en paz.
(Siéntase cerca de la mesa de té y empieza a hojear un libro.)

CLARA. (Se ha enfadado...
y de veras...¡Quién pensara!...)
Fernando...

FERNANDO. (Ni en cuatro meses
ha de oír una palabra

de mis labios.)

CLARA. ¿No querías
besarme la mano? Vaya,
Fernandito... Mira... Escucha...
(Con zalamería.)

FERNANDO.(No hay más: ya soy hombre al agua.)

CLARA. Hagamos las paces.

FERNANDO. No.

CLARA. Te ofrezco ser una malva:
No tener celos de nadie.
¿Qué estampa es ésa? (Quitándole el libro.)

FERNANDO. Repara...

CLARA.¡Pues! ¡Una mujer! ¡Malditos
libros, malditas estampas!
(Tirando el libro, que va a caer a los pies de Luis, que en este momento se presenta en la puerta de la izquierda de primer término.)

LUIS.¿Qué es esto?

FERNANDO. Que no hay paciencia
para sufrir a tu hermana.
(Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA XII

CLARA y LUIS.

LUIS.¿Habéis reñido?

CLARA. Y quizá.
para siempre.

LUIS. ¿Por qué causa?

CLARA.¿Por qué? Porque sí. No hay duda;
Fernando ya no me ama.
En vano quiero a mí misma
engañarme. Son tan claras
las pruebas de su desvío

LUIS.¿Con que eso hay?

CLARA. Eso; y jurara
que otra cautiva su pecho.

LUIS.¡Y yo, necio, que aún dudaba!

CLARA.¡Cómo! ¿Sabes?...

LUIS. Mucho.

CLARA. Di.
cuanto sepas.

LUIS. Por desgracia,
nada sé de fijo.

CLARA. Pero
¿sospechas?...

LUIS. Sospecho.

CLARA.¡Ay, habla!

LUIS. Antes deja... (Va y se asoma a las puertas.)

CLARA.¡Qué misterio!

LUIS.¡La cosa es grave!

CLARA. Me alarmas.

LUIS. Anoche vino Fernando
muy tarde.

CLARA. No lo ignoraba.

LUIS. Como están en una misma
habitación nuestras camas...

CLARA.¡Noticia fresca!

LUIS. Te advierto.
que callo si tú no callas.
Como él se durmió en seguida...

CLARA. Bien. ¿Y qué?

LUIS. Como yo estaba
desvelado...

CLARA. ¿Y eso?

LUIS. Escucha.
Fernando sueña en voz alta.

CLARA.¿Y soñaba con alguna
mujer?

LUIS. Sí.

CLARA. ¡Vaya una gracia!
¡Ah pérfido! ¿Y qué decía?

LUIS. No; decir, no dijo nada.

CLARA.¿Nada?

LUIS. Esto es, dijo sólo,
y no una vez, sino varias,
el nombre de una mujer.

CLARA. Ya; el de Pepa.

LUIS. No.

CLARA. ¿El de Amalia?

LUIS. Tampoco.

CLARA El de Amparo.

LUIS. Menos

CLARA. Ya caigo; el de la cuñada.
del brigadier.

LUIS. No.

CLARA. Quizá
sería el de mi tocaya.
¿Quizá el de aquella señora,
ya machucha, que en Granada
vive cerca de nosotros
y está siempre en la ventana?
¿Quizá el de aquella viudita
que en el teatro le echaba
los lentes?

LUIS. Finges o estás
muy torpe.

CLARA. ¿No fue el de Paca,
ni el de Carmen, ni el de Lola,
ni el de...? ¿No? Pues ¿a qué aguardas?

LUIS. óyelo al punto.

CLARA. Di, ¿cuál?

LUIS. Yo tenía ya fundadas
sospechas, y al cabo...

CLARA. Mira
que de impaciencia me matas.

LUIS. El nombre que dijo en sueños...
Vamos, yo estallo de rabia
si lo que me temo sale
verdad.

CLARA. ¡Oh! ¿Qué nombre? Acaba.

LUIS.¡Ay! El nombre de María.

CLARA.¿El de María?

LUIS. Sí, Clara;
el de la mujer que debe
ser mi esposa, el de mi amada
María.

CLARA ¿Qué escucho?

LUIS. A veces
las apariencias engañan,
y aún dudo...

CLARA. Pues. necio, ¿todo
no está más claro que el agua?

LUIS.¿Eh?

CLARA. Que Fernando por otra
me olvida, es cosa probada.

LUIS. Con efecto.

CLARA. Que María
a ti no te quiere, salta
a los ojos. Tú, sin tregua,
culpas su desdén.

LUIS. Con harta
razón.

CLARA. De día y de noche
él se está metido en casa,
y no es por mí.

LUIS. Ya te he dicho
que mis recelos no datan
de ayer; pero como soy
propenso a la confianza...

CLARA. Yo también. Eso nos pierde,
eso.

LUIS. Como no me agrada
pensar mal de nadie...

CLARA Ahora
me explico ciertas miradas,
ciertos guiños; ahora entiendo
por qué esta misma mañana
evitó que yo la ropa
de Fernando registrara.
Sin duda temió que hallase
prenda o papel que sus tramas
pusiese en claro. Y ¿no ves
cómo sin cesar se alaban
el uno al otro? Es lo cierto
que yo también sospechaba,
sino que hasta hoy no me había
dado cuenta...

LUIS. ¡Ah, inicua! ¡Ah, falsa!

CLARA.¡Ah, traidor! ¡Ah!...

LUIS. Si no fuera
mi primo...

CLARA. ¡Qué bien nos tratan!

LUIS. Lo mejor será matarle.

CLARA.¡Oh Luis; matarle!

LUIS. O matarla.

CLARA.¡Jesús!

LUIS. O matarme yo.

CLARA. Por Dios, modera tu saña,
y cálmate, que estas cosas...

LUIS. Sí, estas cosas

CLARA. Piden calma.

LUIS. Mas ¿qué haremos?

CLARA. confundirlos
con las pruebas de su infamia.

LUIS. Y romper con ellos.

CLARA. Justo,
y hacerles ver que no falta
quien nos ame.

LUIS. Yo enamoro
desde hoy mismo... a la criada,
para que la afrenta sea
mayor.

CLARA. Antes me miraba
Antoñito: la fortuna
nos le trae; si se declara
y mamá consiente en ello,
con él me caso mañana
a más tardar.

LUIS. Bien pensado;
venguémonos.

CLARA. ¡Oh venganza!
Ahora, vete.

LUIS. ¿Por qué?

CLARA. A solas
quiero que entre los dos haya
una explicación.

LUIS. Pues firme
en él.

CLARA. Yo le diré cuántas
son cinco.

LUIS. No hay que ablandarse.
(Hace que se va y vuelve.)

CLARA. No; descuida.

LUIS. Háblale al alma.

CLARA. Y tan al alma.

LUIS. ¿Y si niega?

CLARA. ¡Oh! Que niegue.

LUIS. ¿Y si se enfada?

CLARA. Que se enfade.

LUIS. ¿Y si recurre
a suspiritos y lágrimas?

CLARA. A mí, que suspire y llore.

LUIS. ¿Y si...?

CLARA. Por Dios, que te vayas.
(Hace como que ve venir a FERNANDO.)

LUIS. Luego me dirás...

CLARA. Sí, todo.

LUIS.¡Ay, primo, buena te aguarda!
(Vase por la puerta de la izquierda de primer término.)

CLARA. Valor y serenidad,
que es lo que más me hace falta.

ESCENA XIII

CLARA y FERNANDO.

FERNANDO.¿Aún andas tú por aquí?

CLARA. Quiero que hablemos, Fernando.
¿Lo sientes?

FERNANDO. Lo siento, sí.

CLARA.(¡Qué bien que se va explicando)
¿Dura el enojo?

FERNANDO. La pena,
que no el enojo, me dura.

CLARA. Pues dame la enhorabuena:
ya se acabó mi locura.

FERNANDO. Conozco tu veleidad.

CLARA. Es que estoy muy convencida
de que dices la verdad
cuando juras por tu vida,
que una mujer solamente
tu pecho de amor abrasa,
y que ésa no vive ausente,
sino dentro de esta casa.
Necia yo, que en otra parte
pensé que ibas a buscar
lauros que, sin molestarte,
aquí puedes alcanzar.

FERNANDO. Con harta razón infieres
que es infundada manía...

CLARA. Me consta que sólo quieres...

FERNANDO. Sólo a ti.

CLARA. Sólo a María.

FERNANDO.¿Qué?

CLARA. La traición es palmaria.

FERNANDO.¿Habrá mayor desvarío?

CLARA.¡Si era yo muy visionaria!
¿Verdad que sí, dueño mío?

FERNANDO. Déjame, aparta. No hay hombre

más infeliz. ¿Quién pensó
nunca en María?

CLARA. Su nombre
pronuncias en sueños.

FERNANDO. ¿Yo?

CLARA. Anoche, Luis, desvelado,
te oyó soñar con tu bella.

FERNANDO. Pues no hay más; Luis ha soñado
que yo soñaba con ella.

CLARA.¡Oh, no finjas! Hasta ahora
que la amabas ignoré,
pero que ella a ti te adora
ya hace tiempo que lo sé.

FERNANDO.¿Pues no ama a Luis?

CLARA. Le desprecia;
sólo a ti te rinde culto;
y su amor, como es tan necia,
no sabe tener oculto.

FERNANDO.¡Oh!

CLARA. No cesa de alabarte.

FERNANDO.¿Que me alaba?

CLARA. ¡Y cuál te mira!

FERNANDO.¿Que me mira?

CLARA. Y al mirarte
se turba, tiembla y suspira.

FERNANDO. Quisiera olvidarlo todo;
mas me llena de amargura
que calumnies de tal modo
a esa pobre criatura.

CLARA. No hay calumnia en lo que digo;
y antes pienso que es favor
el prestarme a ser contigo
medianera de su amor.

FERNANDO. ¡Por vida!...¡Tan ruines celos
en doncella tan amada!
Si esto es cuando novia, cielos,
¿Qué será cuando casada?
Sin duda que Job mostró
paciencia maravillosa;
mas quisiera verle yo
lidiar con mujer celosa.

CLARA. Aun cuando ella es mi enemiga,
veo que vale...

FERNANDO. Un tesoro.

CLARA. Y ¿qué quieres que le diga
de tu parte?

FERNANDO. Que la adoro.

CLARA. Lo haré así.

FERNANDO. Yo te lo ruego.

CLARA. En ella piensa entre tanto.

FERNANDO.¿Cómo no?

CLARA. Pues hasta luego.

FERNANDO.¡Oh, qué mujer!

CLARA. ¡Oh, qué santo!

FERNANDO.¿Qué aguardas?

CLARA. Será preciso
que Luis sepa...

FERNANDO. Sí.

CLARA. No es justo...

FERNANDO. Cierto.

CLARA. Y nuestro compromiso
dio fin.

FERNANDO. ¡Que gozo!

CLARA. ¡Qué gusto!

FERNANDO. Cien hay que tu amor desean.

CLARA. A otra el tuyo vendrá bien.

FERNANDO. Malditos los celos sean,
por siempre jamás...

CLARA. Amén

ESCENA XIV

DICHOS, MARÍA y a poco LUIS. Ambos salen por la puerta de la izquierda de término.

MARÍA. Madre te llama.

CLARA. ¿Y aquí
vienes a darme el recado?

LUIS. (Bajo a CLARA.)
¿Qué hay?

CLARA.(Bajo a LUIS.)
Que se quieren.

LUIS. ¿Sí?

CLARA. Sí.
El mismo lo ha confesado.

LUIS. (Alto, sin poderse reprimir.)
¡Oh!

MARÍA. ¿Qué pasa?

CLARA. (Violentamente y luego reprimiéndose.)
¿Qué?... No quiero
hacer una...
(Vase precipitadamente por la puerta de la izquierda de primer término.)

FERNANDO. Yo la sigo...

LUIS.(Deteniéndole.)
Oiga usted.

FERNANDO.(Rechazándole.)
Eh, majadero,
el diablo cargue contigo.
(Vase por donde CLARA.)

ESCENA XV

MARÍA y LUIS.

MARÍA. Explícame...

LUIS. Falsa,
Perjura.

MARÍA. ¿Qué es esto?

LUIS. Y yo, ¡qué menguado,
qué torpe, qué ciego!
confiésalo: inútil
es ya el fingimiento.

MARÍA.¡Ay, qué hombre!

LUIS. ¡Muy malo!

MARÍA. Sin pizca de seso.

LUIS.¡Qué audacia!

MARÍA. La tuya.

LUIS.¿Y aún niegas?

MARÍA. ¿Qué niego?

LUIS. Tú culpa.

MARÍA. ¡Dios mío!

LUIS. Tu crimen horrendo.

MARÍA. Pues ¿qué hay?

LUIS. Que me engañas.

MARÍA. ¿Yo a ti?

LUIS. Sí, por cierto.

MARÍA.¿Y en qué?

LUIS. ¿No lo sabes?

MARÍA. Lo ignoro.

LUIS. Comprendo
que vas a decirme,
cual sueles hacerlo,
que son insensatas
mis dudas; que veo
visiones; que unidas
las almas tenemos,
por mutuo cariño,
con vínculo eterno.
Verdad es que teme
quien ama; confieso
que, a veces, de injusto
pequé en mis recelos;
pero hoy tengo pruebas,

MARÍA. Jesús, ¡que me alegro!

LUIS. Pues di, fementida,
¿viste algo en mis hechos
que no fuese digno
de loa y de premio?
¿No estaba mi enlace
contigo resuelto?
¿Qué amor tan humilde,
tan fiel, tan intenso,
tan puro, cual éste
que aún arde en mi pecho?
¡Mujeres, qué pronto
pensé conoceros!
¡Qué dicha si logro
los males acerbos
causados por una
vengar sobre ciento!

MARÍA .Resuelve el enigma;
explícate al menos.

LUIS. Repito que le amas,
que te ama sostengo;
y así se comprende
por qué nunca vemos

al nuevo Tenorio
con rostro halagüeño;
por qué a mí me trata
con mucho despego,
y es Clara a sus ojos
un puro defecto.
En tanto que, simple.
mostrando su fuego,
de ti no se aparta
ni un solo momento,
y en todo procura
cumplir tus deseos;
y ufano te cita
cual raro modelo
de gracia, belleza,
virtud y talento;
Y sueña contigo.

MARÍA.¿Quién hace todo eso?

LUIS. El mismo Fernando
confiesa que es cierto.

MARÍA.¿Fernando mi amante?

LUIS. Permitan los cielos
que pronto le mires
en brazos ajenos,
y exhales en vano
suspiros al viento;
Que nadie en la vida
pretenda tu afecto
que nombre de esposa
ya nunca te demos.
Y el cielo permita,
si yo con el tiempo
sintiese por otra
amor verdadero,
que instante no goce
de paz ni contento;
que llore perfidias;
que rabie de celos;
que el diablo me lleve...

ESCENA XVI

DICHOS, ANTONIO, y a poco PEDRO y JUANA.

ANTONIO. Y ¿qué hay de ese almuerzo...?

LUIS.¿Qué almuerzo?

ANTONIO. ¡Me gusta!

LUIS. Ah, si; ya me acuerdo.

ANTONIO. Pues bien...Señorita.
(Reparando en María y saludándola.)

LUIS.(Tirando del cordón de la campanilla.)
¡Muchacha!

ANTONIO.(Mirando el reloj.)
Yo tengo
las doce.

LUIS.(Impacientándose, y tirando con más fuerza de la campanilla.)
¡Muchacha!

ANTONIO. Y ya desfallezco.

LUIS.¡Por vida!

ANTONIO. Tú siempre
tan vivo de genio.

LUIS.¡Me irritan los sordos!
¡Muchacha! ¡Hola! ¡Pedro!

PEDRO.(Saliendo por la puerta de la izquierda de segundo término.)
Señor.

JUANA.(Saliendo por la del foro.)
¿Qué se ofrece?

LUIS.(Cogiendo una silla y amenazando a Pedro.)
¿No oíais?

MARÍA.(Acercándose a detenerle.)
¡Oh!

ANTONIO.(Sujetándole por un brazo.)
Quieto.

PEDRO.¡Qué manos tan largas!

JUANA. Sino me contengo...

LUIS. A ver si almorzamos...

JUANA.¡Malhaya!

PEDRO. Corriendo. (Vanse por el foro.)

ESCENA XVII

MARÍA, LUIS y ANTONIO.

LUIS.¡Qué gente, Dios mío!
Felices aquellos
que no necesitan
servicios ajenos.
Mas yo indemnizarte
de todo prometo.
Verás como al punto
(Bajo, a MARÍA, que está a su lado y se muestra afligida.)
(No mires al suelo.)
Logramos...(Si mientes.)
Que al fin...(No te creo.)

ANTONIO.¿Qué dices?

LUIS. Sí, chico;
Veras que al momento...
(Me engañas.) nos sirven...
(No hay duda.) el almuerzo.
Según mis noticias,
si no muy selectos...
(¡Infame!) los platos
serán suculentos.

ANTONIO.¡Ay, Luis. juraría
que loco te has vuelto!

LUIS. Y ¿a quién no enloquece?
(Dejándose llevar del afecto que le domina; MARÍA le tira del faldón de la americana para hacerle callar.)
ANTONIO.(Sin duda, riñeron.)

LUIS.(Rechazándola.) (Que no me hagas señas.)

MARÍA.(Pues calla.)

LUIS.(Con mucha aspereza.)
(No quiero.)

ANTONIO.(Reprendiéndole.)
Pero, hombre...

LUIS. En el carmen
bodega tenemos.
Si quieres... (¡Qué vanos
son ya tus esfuerzos!)
Saquemos del polvo
con mutuo consejo,
algunas botellas
de vinos diversos;
y obtengan las mismas
señales de aprecio
el blanco y el tinto,
el dulce y el seco.

ANTONIO. Sí, vamos; conviene
que tomes el fresco.

LUIS. Si estoy muy tranquilo,
si estoy muy contento.
(Porque hoy para siempre
de ti mi liberto.)

ANTONIO. Que es tarde.

LUIS. Corramos.
(Yendo hacia la puerta del foro. ANTONIO le sigue.)

MARÍA.(No tiene remedio.)

LUIS.(Volviendo al lado de MARÍA.)
Tan sólo un instante.
Perdona.

ANTONIO.(Deteniéndose cerca de la puerta del foro.)
(¡Qué necio!)

LUIS. Lo dicho, María:
formal rompimiento,
y libre te quedas
y libre me quedo.

MARÍA. Bien, sí; pero calla.

LUIS.¡Ah, inicua!

ANTONIO. ¿Me siento?

LUIS. Y a estamos andando.
¡Perjura!

MARÍA. Acabemos.

LUIS.¡Traidora!

ANTONIO. ¿No vienes?

LUIS. Que voy. (Te aborrezco.)

(ANTONIO y LUIS se van por la puerta del foro.)

ESCENA XVIII

MARÍA, y a poco FERNANDO.

MARÍA.¡Jesús, Jesús, qué aprensión!
¡Dios mío, y que yo le quiera!

FERNANDO.Ca, imposible: no hay manera
de hacerla entrar en razón.

MARÍA. Fernando...

FERNANDO. Esto es por demás.

MARÍA.¿Ve usted qué nueva salida?
Yo estoy absorta..., aturdida...

FERNANDO. Yo estoy dado a Barrabás.

MARÍA. Mas ¿qué motivo?... No infiero
cuál pueden haber tenido,
que usted...

FERNANDO. Si yo siempre he sido
con usted hasta grosero.
MARÍA. Lo cierto es que ambos con penas
y esclavos de amor constante,
viéndonos a cada instante,
nos hemos tratado apenas.

FERNANDO. Pues el nuevo sinsabor
les perdono de buen grado,
si hoy ocasión nos han dado
de conocernos mejor.

MARÍA. Pero ¿hay aprensión más rara?

FERNANDO.¿Más necia?

MARÍA. Buenos estamos.

FERNANDO.¿Y qué dice Luis?; sepamos.

MARÍA. Sepamos: ¿qué dice Clara?

FERNANDO. En su ciego frenesí,
que usted me adora asegura.

MARÍA. Pues el otro afirma y jura
que usted se muere por mí.

FERNANDO. Hay para ahorcarse.

MARÍA. Yo opino.
que reírse es más prudente.

FERNANDO. Cierto; mofa solamente
merece tal desatino.
Pero si yo, ¡vive Dios!,
pero si yo, por mi mal,
la quiero aún.

MARÍA. Suerte igual
nos ha cabido a los dos.

FERNANDO. Y esto es vivir en un potro.

MARÍA. Haga usted por convencer
a Clara.

FERNANDO. Imposible. A ver
si convence usted al otro.

MARÍA. Será vana tentativa.

FERNANDO. Pues ¿qué hacemos?

MARÍA. Sí; ¿qué hacemos?

FERNANDO. Hoy, ante todo, formemos
alianza defensiva.
Y ya que a eterna ansiedad
condenarnos quiso el cielo,
busquemos ambos consuelo
en nuestra mutua amistad.

MARÍA. Necia yo si tal merced
con júbilo no aceptara.

FERNANDO.¡Si como usted fuese Clara!

MARÍA.¡Si fuese Luis como usted!

ESCENA XIX

DICHOS, LUIS, ANTONIO, CLARA, la MARQUESA, JUANA Y PEDRO. Éste pone en la mesa varias botellas, que traerá en una cesta.

LUIS.(¡Que siempre juntos estén!)

CLARA.¡Solos!

MARQUESA. ¡Eh!

CLARA. Nada.

MARQUESA. Creí...

PEDRO.¿Se trae el almuerzo?

MARQUESA. Sí.
(Vanse por el foro PEDRO Y JUANA.)

ANTONIO.(¡Gracias a Dios!)

CLARA.(Bajo a FERNANDO.) Bien.

LUIS.(Bajo a MARÍA.) Muy bien.

MARQUESA. Sentémonos. (Siéntanse todos a la mesa.)

ANTONIO. (¡Oh sabrosas
viandas, cómo os espero!)

CLARA.(Bajo a FERNANDO.)
¿Con que la quieres?

FERNANDO.(Bajo a CLARA.) La quiero.

LUIS.(Bajo a MARÍA.)
¿Qué os decíais?

MARÍA.(Bajo a Luis.) ¡Tantas cosas!

MARQUES A.(A ANTONIO.)
¿Habrá ganillas?

ANTONIO. No...(Hay hambre.)

CLARA.¿No la miras?

FERNANDO.(Fijando sus ojos en MARÍA.)
Si te empeñas...

CLARA.¡Fernando!
(MARÍA hace señas a FERNANDO para que no la mire.)

LUIS. Que no hagas señas...

CLARA. Ten.
(Saltándosele las lágrimas y pellizcando en un brazo a FERNANDO para hacerle apartar los ojos de MARÍA.)

FERNANDO.¡Oh!

MARQUESA. ¿Qué es eso?

FERNANDO. Un calambre.

ANTONIO.¿Se pasa?

CLARA. ¡Cruel, impío!

FERNANDO. Ya pasó.

LUIS. (Llora mi hermana.)
Lo que es yo no tengo gana. (Levantándose)
Hablaremos, señor mío.
(Bajo a FERNANDO, en tono amenazador.)

MARQUESA. Pero...

LUIS. Dispensa. (A ANTONIO.)

ANTONIO. ¿Estás loco?

MARQUESA. Hijo. (Levantándose para detener a LUIS.)

LUIS. ¡Malditas mujeres!
(Vase por el foro izquierda.)

CLARA. Mamá.

MARQUESA.(Siguiéndole.)
Luis.

CLARA. (Levantándose también.)
María.

MARQUESA.(Volviéndose hacia ella, enojada.)
¿Qué quieres?

CLARA. Que yo no almuerzo tampoco.
(Llorando, y vase corriendo también por el foro.)

MARQUESA.¡Niña!... Usted, señor sobrino, (Encarándose con FERNANDO.)
le habrá dado alguna pena.

FERNANDO.(Levantándose indignado.)
¡Señora!

ANTONIO. (Pues ésta es buena.)

MARQUESA.(A MARÍA.)
Y tú a Luis.

MARÍA.(Levantándose igualmente muy afligida.)
(¡Cielo divino!)

MARQUESA.¡Ay, Antoñito!, yo siento... (A MARÍA.)
¿Qué hay?

MARÍA. (Suframos.)

MARQUESA. (A FERNANDO, esforzando la voz.)
¿Qué hay?

FERNANDO. (Templanza.)

MARQUESA.(A ANTONIO, como disculpándose.)
Usted es de confianza.

ANTONIO.(¡Quién fuera de cumplimiento!)

MARQUESA.(Llamándolos.) Hijo... Clara...

ANTONIO. (No hay de qué.)

MARQUESA. Nada; no responden.

ANTONIO. (Fijo; me quedo en ayunas.)

MARQUESA. Hijo... Clara... Clarita...
(Vase por donde antes CLARA y LUIS.)

ANTONIO. ¡Y se fue!

FERNANDO. Pronto volverá mi tía;
con ella almuerza. ¡Qué suerte!

MARÍA.(¡Pobre Fernando!) (Vase por la izquierda.)

ANTONIO.(Tratando de detenerle.)
Oye, advierte...

FERNANDO. Déjame. (¡Pobre María!) (Vase por la derecha.)

ESCENA XX

ANTONIO, y en seguida PEDRO Y JUANA, que salen por la derecha del foro.

ANTONIO. Bien a un huésped se distingue
aquí. Pues yo no me presto...
(Cogiendo arrebatadamente el sombrero, y dirigiéndose hacia la puerta del foro.)
¡Oh!

PEDRO. ¡Jesús!
(Tropiezan ambos, y cae sobre ANTONIO la fuente con vianda que trae PEDRO.

JUANA, al ver esto, se echa a reír.)

ANTONIO. ¡Bueno me ha puesto!
(Acercándose a la nariz las solapas de la levita.)
¡Delicioso olor a pringue!

JUANA.¡Ja..., ja!...

ANTONIO. ¡Y se ríe!

PEDRO. No vi...
ANTONIO.(Levantando el puño sobre PEDRO.)

No sé cómo no...

JUANA.(Interponiéndose.)
¡Arre allá!

ANTONIO. Yo no he comido, mas ya
me pueden comer a mí.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

Sala decorosamente amueblada; a la derecha, un sofá; a la izquierda, un velador, y a su lado una butaca. Puerta en el foro y otras laterales.

ESCENA PRIMERA

PEDRO.¡Buen susto el de anoche! Gracias
a Dios que fueron soñados
los ladrones. El ladrón
que me da a mí más cuidado
si que es verdadero, y nadie
sabe lo que estoy pasando
por culpa suya. ¡Qué nene
el tal Luisito! ¡Canario
con el señor! ¿Engañarme?
¡Que si quieres!... No me mamo
yo el dedo; sé yo muy bien
dónde me aprieta el zapato.
Pero, señor, ¿es posible
que esto se haga, entre cristianos?
Y ella, al verse cortejada
por un señorito, claro,
estará tan hueca. Y puede
suceder... ¡Ay, si la atrapo
en un renuncio!... Con él
no me atrevo, que es muy largo
de manos; pero con ella,...
Pues ¿no tiene el condenado
en casa la novia?...

ESCENA II

PEDRO y FERNANDO.

FERNANDO.(Sale por la puerta de la derecha, dando indicios de mal humor.)
¡Pedro!

PEDRO.¡Estos mocitos de hogaño
que necesitan un par!... (Sin oír a FERNANDO absorto en sus cavilaciones.)

FERNANDO. Eh, Pedro. ¿En qué estás pensando? (Acercándose a él y con tono áspero.)

PEDRO.¡Oh!... Señorito. ¿Qué manda
usted?

FERNANDO. Ya sabes que aguardo
a don Antonio.

PEDRO. Sí; ya
lo sabía... (Bien mirado,
lo mejor es una tranca.)

FERNANDO.¿Qué dices?

PEDRO. ¿Yo?... Nada...

FERNANDO. En cuanto
llegue, me avisas. (Sentándose en el sofá.)

PEDRO. Bien.
(Retirándose hacia el foro.)
¡Ah! (Volviendo.)
Dése usted por avisado;
ahí viene.

FERNANDO. Déjanos solos.

PEDRO.(Es lo mejor: ¡palo, palo!)
(Vase por el foro a tiempo que sale ANTONIO.)

ESCENA III

FERNANDO y ANTONIO.

FERNANDO.(Saludándole.) Antonio.

ANTONIO.(Sentándose en el sofá, al lado de FERNANDO.)
Estaba en la cama
aún, cuando tu recado
me dieron. Aquí me tienes:
¿qué ocurre?

FERNANDO. Ya es necesario
llamarte para que vengas.

ANTONIO. No, no vengo, ¿a. qué ocultarlo?
porque tu señora prima
con sus guiños y arrumacos
me tiene frito. Si quiere
darte celos, busque un sandio
(muchos hay) que no conozca
su fin y caiga en el lazo,
que lo que es yo...

FERNANDO. ¡Pobre Antonio!
¿Piensas que no lo he notado?
Pero ¿que te importa?

ANTONIO. Nada,
nada me importa. Es muy grato
ver que le toman a uno
por monigote. ¿Y el zángano
de Luis? Sin dejarme a sol
ni a sombra... Venga un abrazo,
Antoñillo. Ahí va ese puro,
que es de la Vuelta de Abajo.
¿Te gusta mi yegua? Pues
tómala, te la regalo.
y todo con el objeto
de sonsacarme, empeñado
en que tú nada me ocultas,
en que yo sé... Por milagro
me contengo y no le doy
un pescozón. Pero vamos;
di tú: ¿qué me quieres? ¡Calla!
Ahora noto... Estás muy pálido.
A ver el pulso. ¡Si tienes
calentura!

FERNANDO. No he pegado
un solo instante los ojos
en toda la noche.

ANTONIO. Estamos
frescos. Habla; sepa yo
por qué me llamas.

FERNANDO. Te llamo
porque necesito ayuda,
porque de cólera estallo,
y en el seno de un amigo
quiero desahogarme...

ANTONIO. ¿Acaso
los dos hermanitos siguen
con la misma tema?

FERNANDO. Esclavos
de una idea fija, nada
puede ya desengañarlos.
Lo que en un principio cosa
de poca entidad juzgamos,
fue como bola de nieve,
que crece y crece rodando;
oyeras a Clara hablarme
de María, sin dejarlo
ni un momento. Si es muy bella,
me dice; si es un dechado
de modestia y de candor;
si es natural, y yo aplaudo
que ella te ame y que la quieras
tú; si parecéis formados
uno para otro; y así
todo el día, terminando
siempre estas escenas, como
ya supondrás, con relámpagos
y truenos. Luis, no sé cuántas
veces me ha desafiado
a estas horas: su canción
es la misma para el caso
que la de Clara, y el nombre
de María está zumbando
continuamente en mi oído,
sin que yo pueda evitarlo.
Huérfana, sola en el mundo
la infeliz, sin más amparo
que el de esta casa, padece

dolor doblemente amargo;
pero todo lo soporta
resignada; de sus labios
no sale una queja, y tiene
un corazón tan hidalgo,
que siendo yo de sus males
causa, aunque inocente, alcanzo
la dicha de merecer
su piedad. Mi tía, cuando
rabian sus hijos, la pega
con nosotros. No le ha dado
mucho de aquí la divina
Providencia; ni es tan raro
que por amor a sus hijos
la pegue con los extraños.
y no hay más; sabrá el origen
de estos disturbios temprano
o tarde, y entonces... Vaya.
Dios nos coja confesados.

ANTONIO. Picaros celos.

FERNANDO. Parece
que se goza en fomentarlos
el misino infierno. Por vía
de distracción he pintado
un paisaje; en él hay una
pastora con su rebaño...
Y ¡ay, chico; ay, Antonio!...

ANTONIO. Dime;
eso, ¿qué tiene de malo?

FERNANDO.¿Qué tiene? Que, según ellos,
la pastora es un retrato
de María.

ANTONIO. Y se parecen
como una alcachofa a un rábano.
¿verdad, eh?

FERNANDO. No; lo terrible,
lo inaguantable del caso,
es que se parecen; sí,
se parecen, no te engaño;
se parecen, que, sin duda,
movió mi pincel el diablo.

ANTONIO. Diabólica es la ocurrencia.

FERNANDO.¡Y anoche! Jesús, ¡qué rato
tan cruel!; nunca le tuve
peor. Habían logrado
mis dos enemigos íntimos,
aburriéndome a destajo,
darme un dolor de cabeza
que ya, ya; voyme a mi cuarto
al fin; acuéstome; crece
el dolor; procuro en vano
conciliar el sueño; ansioso
de encontrar alivio, salto
de la cama, a la ligera
me visto, y al huerto bajo,
creyendo que al aire libre
me iría mejor. ¡Aciago
pensamiento! Ya serían
las dos muy dadas: el caño
de la fuente y un cuchillo
con su monótono canto
turbaban sólo el silencio;
poco trecho había andado,
cuando de pronto percibo
como un lamento lejano.
Párome absorto. La noche,
la soledad, el estado
en que yo me hallaba... Chico,
tuve miedo... Sin embargo,
seguí adelante; más cerca,
más distinto, suena al cabo
otro suspiro; la vista
dirijo hacia todos lados,
y, al resplandor de la luna,
reclinada sobre un árbol,
una mujer me parece
distinguir: sigo avanzando
cautelosamente, y era
María anegada en llanto.
Tampoco habría podido
la cuitada hallar descanso,
y en aquel sitio, a lo menos,
sus ayes acongojados
exhalaba con entera
libertad. No sé qué extraños
sentimientos, cuando así
la vi, mi pecho agitaron.
¡María!, al reconocerla,
exclamé; y ella, ¡Fernando!,
exclamó asustada. ¡Aquí

fue Troya! Clara sus pasos
había seguido, oculta
allí, la estaba acechando;
viéndonos juntos, estalla
su furor, cae como un rayo
entre nosotros, nos da
cien injuriosos dictados;
llora, maldice, patea;
para que huir no podamos
pónese delante; a voz
en grito llama a su hermano:
échase a sus pies María;
yo ruego, exijo, amenazo;
ruego y amenaza, más
la enfurecen; desalado
llega Luis; de lo ocurrido
se entera; crece el escándalo;
despierta mi tía, y hunde
la casa a campanillazos;
y en medio de esta algazara
levántanse los criados
gritando, ¡ladrones! unos,
y otros ¡fuego! A sosegarlos
corro yo; para su madre
no sé qué excusa inventaron
Clara y Luis, y aquí nos tienes,
a ellos, como nunca airados,
como nunca ciegos, prontos
a jurar, puestas las manos
en un altar, que María
y yo nos idolatramos;
a esa desdichada joven
(pues el lance es serio, y llano
que ha de saberse), perdida
deshonrada; a mí, trinando,
loco, decidido a hacer
una de pópulo bárbaro,
o a levantarme la tapa
de los sesos de un balazo.

ANTONIO.¿Matarte tú? ¡Pues sería
chistoso el lance! Matarlos
a ellos, vaya. Ten un poco
de paciencia, desdichado,
y siendo Clara tu esposa,
te afirmo que antes de un año
habrás sucumbido, Y ¡cómo
vas a morar! Como el santo
de las parrillas.

FERNANDO. Te engañas,
Antonio; ya no me caso.

ANTONIO.¿No?

FERNANDO. No.

ANTONIO. Me alegro. De veras
que me tenía asustado
el tal casorio. Valor,
valor, y dame los brazos. (Abrazándole.)

FERNANDO. Ya sabes que las dispensas
de Roma para el pactado
casamiento a cada instante
se aguardan. Pues yo no aguardo
a que lleguen.

ANTONIO. Bien harás.

FERNANDO.(Asustado.)
Calla.(Mirando hacia la izquierda)
¡Oh!
(Yéndose precipitadamente por la derecha.)
Ven.

ANTONIO. Chico...Fernando...
(Mirando también hacia la izquierda.)
¡Ah! Comprendo.... pues le sigo.
(Dirigiéndose al mismo sitio que FERNANDO.)

ESCENA IV

ANTONIO, LUIS y CLARA.

LUIS.(Dentro.)
Antonio.

ANTONIO.(Deteniéndose.)
Me vio; ya es tarde.
(Saludando con fingida cordialidad a CLARA y LUIS, que salen por la puerta de la izquierda.)
¡Oh, Clarita!... Dios te guarde.

LUIS. Que ligero huyó el amigo.

ANTONIO.¿Huir? No tal. Casualmente...

CLARA.(Con ironía.)
¿Quien lo contrario imagina?

LUIS.¡Y hablabais?...

ANTONIO. De medicina.

CLARA.¡Qué discreto confidente!

ANTONIO.(¡Oh!)

LUIS. Por más que lo sigile,
Bien se ve que le habrá dado
para la otra algún recado.

ANTONIO.¿Soy yo algún correveidile?

LUIS. Mientras dure tu porfía,
mi suposición no puedes
condenar,

ANTONIO. ¿Quieren ustedes
saber?...

LUIS. ¿Pues no?

CLARA. ¿Qué decía?
(Acercándose ambos a ANTONIO con vivo interés.)

ANTONIO.(A CLARA.)
Decía, hablando hace poco
de usted, con dolor profundo:
no la hay más bella en el mundo;
peor criada, tampoco,

CLARA. Sí, bien; pero...

ANTONIO. (¡Es mucho afán!)
Y de ti...

LUIS. Di sin temor.

ANTONIO. Decía: ¿No es un dolor
que para Luis se haga pan?

LUIS. Si..., eso sí...Pero además...

ANTONIO.(Nada: no les escarmiento.)

CLARA. Con que...

ANTONIO. Voy a su aposento,
y otra vez diré algo más,
(Con intención, y vase por la derecha.)

ESCENA V

LUIS y CLARA.

LUIS.¡Vano afán!

CLARA. Y ya, ¿qué ignoras?
¿Qué nueva duda te asalta?
¿A qué preguntar? ¿Qué falta
que descubrir a estas horas?

LUIS. Aunque lo miro y lo toco,
si hiere el mal de improviso,
duda el alma, y es preciso
convencerla poco a poco.
Tú no sabes cuál se ve
quien pierde lo que adoró
con toda el alma.

CLARA. ¿Pues no
me dice que no lo sé?
¿Qué otras penas, cuáles otras
como éstas que yo ahora paso?
¿Sentís vosotros acaso
como sentimos nosotras?
Y, además, di: ¿fuera cuerdo
que, tú, al perder a esa necia,
sintieses pena tan recia
cual yo, que a Fernando pierdo?

LUIS. Mira que estás delirando:
ni aun sufro que se le iguale
con María.

CLARA. Pues qué, ¿vale

María?...

LUIS. Más que Fernando.

CLARA.¿Tal piensas?

LUIS. Vuelve al infiel.

CLARA. Vuelve tú a la fementida.

LUIS. Pero ella fue seducida.

CLARA. Ella le sedujo a él.

LUIS. Y es lo cierto, ¡vive Dios!...

CLARA. Que los dos se entienden ya.

LUIS. Si yo no sé cuál será
más infame de los dos.

CLARA.¿Lo dudas? Él.

LUIS. No, por cierto;
ella, que tiene la audacia,
la impudencia...

CLARA. Sí que es gracia
verle a deshora en el huerto.

LUIS. Ni fue su cita primera
la de anoche.

CLARA. Claro está:
ni la primera, ni la
segunda, ni la tercera...

LUIS.¡Qué horror! ¡Cuánta ingratitud!
¡Qué ruin conducta! ¡Y pensaba
todo el mundo que pecaba
por exceso de virtud!
Preciso es ya tomar una
resolución.

CLARA. Sí; discurre.
¿Qué haremos?

LUIS. No se me ocurre,
por más que pienso, ninguna.

Sólo una manera encuentro
de remediar lo que pasa,
y es pegar fuego a la casa
y que ardamos todos dentro.

CLARA. Sirviérales de irrisión
tu enojo; por el contrario,
yo opino que es necesario
ocultar nuestra aflicción.

LUIS. Sólo desdén insultante
verán en mí; sólo el tedio
más profundo.

CLARA. No hay remedio;
yo necesito un amante.
De Antonio nada consigo
por más que hago. En todo el globo
no hay bobo como este bobo:
digno amigo de su amigo.

LUIS. Yo, aunque la ficción deploro,
porque a ella le perjudica,
he de fingir que la chica
me adora, y que yo la adoro.

CLARA. Cierto que estaré sobre ascuas
y que me ahogará la pena;
mas han de verme serena
y alegre como unas pascuas.

LUIS. También a mí, que no en vano
tu heroico ejemplo...

CLARA. Yo soy
muy valiente. Verás... Voy
a darme una de piano...

LUIS. Yo, de flauta. Conceptúo
que esto ha de hacerles rabiar.

CLARA. Y también pienso cantar.

LUIS. Bien; cantaremos un dúo.
No he de meterme yo fraile
porque esa infiel... Ya no lucho;
vencí.

CLARA. Si me apuras mucho
hasta hemos de armar un baile.

LUIS. Por mí...

CLARA. ¿Los hemos perdido?
A olvidarlos.

LUIS. Así sea.

CLARA. A gozar. ¡Feliz ideal
(Va corriendo al foro y tira fuertemente del cordón de la campanilla.)
Voy a estrenar un vestido.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

LUIS.¡Oh!, seguiré su consejo,
ya que es práctica constante,
que sirva al alma el semblante
de careta y no de espejo.

ESCENA VII

LUIS y JUANA

JUANA.¡Pues vaya un campanillazo!
¡Pues no está una sorda!

LUIS.(Con aspereza.) Fue
mi hermana. Ven.

JUANA.(Recelosa.) ¿Para qué?

LUIS. Para que te dé un abrazo.

JUANA.¿Quiere usted que armemos gresca
también hoy?

LUIS. Cede a mi ruego...
(Tratando de abrazarla.)

JUANA.¡Caramba!

LUIS. Si siento un fuego

tan grande, tan...

JUANA. Agua fresca.

LUIS.¡Qué zafia!

JUANA. Y usted, ¡qué plomo!

LUIS. Si ha de ser.

JUANA. Si no ha de ser.

LUIS. Debieras agradecer
la molestia que me tomo.
Vamos, que espera mi hermana.

JUANA. Mil gracias por la molestia.
LUIS. Deja que te abrace, bestia.

JUANA. Dale, no me da la gana.

LUIS. Por fuerza.

JUANA. Basta de broma,
o chillo, y la señorita
sabrá que usted...

LUIS. ¿Si? Pues grita,
mujer. Toma, toma, toma.
(Abrazándola bruscamente repetidas veces.)

JUANA.¿No más? Si yo no me asusto.
(Con gran calma.)
por tan poco.

LUIS. Y antes tanto
repulgo... ¡Chilla! (Con ira.)

JUANA. ¿A qué santo?
Ya ha cumplido usted su gusto.

LUIS.¡Como siempre! Esta farota,
cuando la quiero abrazar,
dice que va a alborotar,
y la abrazo, y no alborota. (Vase.)

ESCENA VIII

JUANA y PEDRO.

PEDRO. Estaba aquí el señorito.

JUANA.¿Y qué tenemos con eso?

PEDRO. Tú nada: yo tengo un peso
en el alma. Yo estoy frito.

JUANA. Nene, no me hagas el bu,
que me repudres. Si no
quisiera guardarme yo,
¿podrías guardarme tú?

PEDRO.¡Con lo que he visto!...

JUANA. ¿Qué has visto?

PEDRO. De sobra.

JUANA. Nada, mentira.

PEDRO. Mira que te acecho, mira
que habrá la de Dios es Cristo.

JUANA.¿Qué harás?

PEDRO. Sacarte el pellejo
a tiras.

JUANA. ¡Si ya me duele!
Cara de gato, pelele.

PEDRO.¡Oh!

JUANA. Moscón, borracho, viejo.
(Vase corriendo por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IX

PEDRO, FERNANDO y ANTONIO.

PEDRO. Pues si me quito un zapato...
¡Yo viejo! ¡Dios poderoso!

FERNANDO.¿Qué tienes (Acercándose a él.)

PEDRO. Que estoy celoso.

FERNANDO.¿Celoso? Corre o te mato.

PEDRO. Pero, señor...

FERNANDO. No me hables;
vete.

PEDRO. Me voy. (Vase por el foro.)

ESCENA X

FERNANDO y ANTONIO.

ANTONIO. Ya son tres
los enfermos. Esto es
un hospital de incurables.
Vamos, vamos; no consiento
que pases el día aquí.

FERNANDO. Antes quisiera...

ANTONIO. ¿Qué? Di.

FERNANDO. Ver a María un momento,
Con lo ocurrido, imagina
cómo la pobre estará.

ANTONIO. Chico, chico; ya me da
tanto interés mala espina.

FERNANDO.¡Cómo! ¿Piensas?...

ANTONIO. ¡Vaya un gesto!

FERNANDO. Al ver tu desconfianza,
¿no he de alarmarme?

ANTONIO. Fue chanza.

FERNANDO.¿Chanza ha sido?

ANTONIO. Por supuesto.

FERNANDO. Ella es. Vete.

ANTONIO. Con tu tía
me encontrarás.
(Vase por la puerta de primer término de la izquierda.)

ESCENA XI

FERNANDO y MARÍA.

FERNANDO. (Tiemblo al verla.)
María.

MARÍA. ¡Fernando aquí!
(Retrocediendo con susto.)

FERNANDO.¿Se va usted?

MARÍA. Temo que vengan
y nos hallen juntos.

FERNANDO. Ya,
¿qué importa? Nada.

MARÍA. ¡Funesta
casualidad la de anoche,
Fernando!

FERNANDO. Y ¡cuál me atormenta
el ver que por culpa mía
usted padece sin tregua!

MARÍA. Diré yo entonces que tengo
la culpa de que usted sea
desgraciado.

FERNANDO. Pero en mí
hay bastante resistencia
para soportar los males:
los de usted hacen más negra,
más terrible su orfandad.

MARÍA. Por eso es mayor mi pena.
La que se queda sin padres,
¡ay, Dios, qué sola se queda!

FERNANDO. Aún tiene usted quien la estime,

quien la ampare y la defienda:
aún tiene usted un amigo,
un hermano.

MARÍA. Pues, ¿qué fuera
de mí sin usted? ¿Quién hace
que en algo aquí se me atienda
todavía? ¿Quién con noble
generosidad me presta
favor contra todos? ¿Quién
me infunde valor y seca
mis lágrimas ¡Nunca, nunca
olvida tales finezas
una mujer! En mi pecho
será inextinguible, eterna
la gratitud.

FERNANDO. ¿Qué hice yo
sino cumplir lo que ordena
santa ley que al hombre impuso
la misma Naturaleza?
Mérito el de usted, que, siendo
débil, al fuerte consuela.
En fin, ya tengo pensado
lo que he de hacer: la prudencia
pide que deje a Granada
por algún tiempo.

MARÍA. Esa idea
no ha de realizarse.

FERNANDO. En breve;
lo he resuelto; con mi ausencia
usted recobra el sosiego;
Luis verá que sus sospechas
son injustas; y, casada
con él...

MARÍA. Nunca. Dios no quiera
que sea yo guardadora
del honor de quien... (me cuesta
rubor decirlo) de quien
duda del mío.

FERNANDO. ¡Vileza
sin igual!

MARÍA. Yo soy, Fernando,
quien salir de aquí debiera.

FERNANDO. ¿Usted? ¡Qué locura!

MARÍA. A todos
enoja ya mi presencia
en esta casa: el favor
que me hicieron ya les pesa.
¿Debo seguir admitiendo
limosna que me avergüenza?
Para vivir en honrosa
medianía, con mis rentas
me basta; para guardar
mi virtud, con mi conciencia,

FERNANDO. María, es usted un ángel.

MARÍA. Sólo una mujer que espera
en Dios. Usted ama a Clara;
sea usted feliz con ella.

FERNANDO. Fuera en mí grave delito
arrostrar las consecuencias
de tal enlace.

MARÍA. Es forzoso:
cásese usted; se lo ruega
su hermana.

FERNANDO. Viéndolo estoy,
y puedo creerlo apenas.
¿Usted por ella intercede?
¡Alma generosa y tierna!

MARÍA.¡Fernando!

FERNANDO. ¿Y Luis desconoce
tal tesoro de pureza,
de incomparables virtudes?...

MARÍA.¡Oh, calle usted! Si le oyeran...

FERNANDO. Oiganme en buen hora. Dicen
que la quiero a usted; se empeñan
en que por fuerza he de amarla...
María, ¡ojalá pudiera!

MARÍA. Cálmese usted; quizá al fin
curarán de su demencia.

FERNANDO. Ya ni lo deseo.

CLARA. Mira:
juntitos.
(Apareciendo con su hermano en la puerta del foro.)

FERNANDO. Sufran la pena
que han merecido por necios,
no ha sido la culpa nuestra.
No es fácil amar a quien
nos humilla y desespera.

ESCENA XII

FERNANDO, MARÍA, CLARA y LUIS.

CLARA.¿Con que con nuestra idiotez
vuestro amor hemos perdido?

LUIS.¿Con que nos habéis querido
vosotros alguna vez?

CLARA. Yo confieso, y es notorio,
que con razón me ha olvidado;
el pobre pasó a mi lado
las penas del purgatorio.

LUIS. Quien por culpa mía llora,
dicha y libertad recobre;
ya hizo bastante la pobre
en aguantarme hasta ahora.
Más antes con el perdón
sosegad nuestra conciencia.

CLARA. Previa alguna penitencia,
echádnosla absolución.

FERNANDO. ¿Ve usted esto?

LUIS. Vamos; sé clemente.

CLARA.(En tono de súplica, a FERNANDO.)
¡Piedad!

FERNANDO. Eh, quita.

LUIS.¡Perdón, perdón, Mariquita!

CLARA.(Dándose golpes de pecho.)
¡Pequé, Fernando, pequé!

MARÍA.(Siéntase en el sofá.)
Déjame.

FERNANDO.(Siéntase en la butaca.)
Si más te escucho...

CLARA. Ay, Luis, nuestro ruego es vano.

LUIS.(Sentándose al lado de FERNANDO y asiéndole una mano.)
¡Qué diablos! Ahí va mi mano.

CLARA.(Sentándose al lado de MARÍA y besándola en la cara.)
Pues si yo te quiero mucho.

LUIS.(Hablando con FERNANDO.)
¿Qué tal la niña?

CLARA.(Hablando con MARÍA.)
¿Qué tal
el novio?
(FERNANDO dará señales de impaciencia y reprimido enojo: MARÍA, de vivísimo dolor.)

LUIS. ¿Con que dio al traste
con tu juicio? Y qué, ¿soltaste
promesa alguna formal?

CLARA. Te habrá jurado...

LUIS. Es muy bella...

CLARA. Que aspira a ser tu marido.

LUIS. Y pues la has comprometido
debes casarte con ella.

CLARA. Éste es, sin duda, su fin.

LUIS. Otras más pobres se casan.

CLARA. Te envidio.

LUIS. Y ¿cómo se pasan

las noches en el jardín?

CLARA. Si el amor os subyugó,
sólo en fingir hay maldad.

LUIS. Si dijeseis la verdad
yo no os culpara.

CLARA. Ni yo.

LUIS. Más, ¿cómo llevarlo a bien,
si engañarnos se pretende?

CLARA.(Sin poder ya contenerse y levantándose.)
Esto es lo que a mí me enciende
la sangre.

LUIS.(Lo mismo.) Y a mí también.

FERNANDO.(Lo mismo.)
Yo la tengo achicharrada
cual plomo hirviendo; y a fe
que si pierdo el tino haré
una que sea sonada.

LUIS. No quisiera aguar la fiesta;
pero si en cólera monto...

FERNANDO.¡Oh! La cólera de un tonto
sin duda es cosa funesta.

LUIS.(Con tono provocativo.)
Pues bien...

FERNANDO. Modera tu saña:
veo que estoy en peligro
de contagiarme, y emigro
con toda urgencia de España.

LUIS.¿Te vas?

FERNANDO. ¿No lo oyes?

CLARA. ¿Te vas?

FERNANDO. Mañana; resuelto estoy.

CLARA. ¿Que te vas?

FERNANDO. Sí, que me voy
para no volver jamás.

CLARA.(A MARÍA.)
¡Pobre de ti! Las ausencias,
cuando mucho se dilatan...

LUIS. Valor entendido: tratan
de cubrir las apariencias.

MARÍA. Sois implacables; el cielo
benigno me amparará.

FERNANDO .Cálmese usted.

LUIS. Por acá
aún hay quien te dé consuelo.

FERNANDO. Contra su fatal destino
yo a ampararla me consagro;
bien dices.

CLARA.(A su hermano.) (Será milagro que no haga yo un desatino.)
Vente.
(Llegan ambos a la puerta del foro, y allí se detienen.)

LUIS.(Sí, que mi coraje en vano aplacar deseo.)

CLARA.(Volviendo al lado de FERNANDO.)
¡Ah!... Por si ya no te veo,
que lleves feliz viaje.
(Alejase de nuevo y otra vez se detiene.)

LUIS.(Por MARÍA.)
(Ni aun vuelve el rostro, ¡oh furor!)

CLARA.(Por FERNANDO.)
(¡Ni aun detenerme procura!)

LUIS.(Volviendo al lado de MARÍA precipitadamente.)
Aleve, falsa, perjura.

CLARA.(Corriendo hacia FERNANDO.)
Infame, inicuo, traidor.
¡Bien me has hecho padecer!

LUIS.¡Bien me has burlado, a fe mía!

CLARA.¡Ay de la que en hombres fía!

LUIS.¡Ay del que fía en mujer!

CLARA. Vana ficción fue tu halago;
tus juramentos, blasfemias.

LUIS.¿Así mi ternura premias?

CLARA.¿Mereció mi amor tal pago?

LUIS.¡Y en vano quiero evitar
que mi pena al rostro salga!

CLARA.¡Bueno fuera, Dios me valga,
que ahora me echase a llorar!

LUIS. Indigna, torpe flaqueza
que aún hace mayor mi enojo.
mi despecho. ¿A que me arrojo
por un balcón de cabeza?
¡Oh inicua! Según costumbre,
gozas al ver mi tormento;
pues te engañas: ya no siento
ni la menor pesadumbre.
¿Que has desdeñado mi amor?
Mejor. ¿Que Fernando te ama?
Mejor. ¿Que arriesgas tu fama
por él? Mejor que mejor.
¡Por él!... ¿Y qué?... Cuando digo
que me alegro... ¿Quién pensara,
quién?... A ver; vuelve esa cara,
que estoy yo hablando contigo.

CLARA. Hoy que llegué a conocerte,
hoy que el juicio he recobrado,
no se me oculta, malvado,
cuanto gano por perderte.
Y al verme libre de un mal
que, ilusa, yo apetecía.
ofrezco al santo del día
devoción muy especial.
Tú, hijita, aunque mucho vales
(Acercándose a MARÍA.)
y aunque mucho le recluyas,
temo que haga de las suyas
y a las dos nos deje iguales.
Y si al fin a ti te agravia,
como a mi me agravia ahora
Suspira, quéjate, llora,

sufre entonces, sufre y rabia.

FERNANDO. (Asiendo a cada cual de un brazo y trayéndolos así.)
Yo estallo. Ven acá, Luis;
ven tú, Clara; ven acá.
¿Odio os inspiramos ya?
¿Esto habéis dicho? ¿Decís
que hoy se rompe la ominosa
cadena que nos unía?
Pues eso quiere María;
pues no quiero yo otra cosa:
que nos odiéis: por favor
lo debemos pretender.
¿Qué odio haría padecer
tanto como vuestro amor?
Decidme otra vez, jurad
que sólo por ella existo,
decídmelo, ¡vive Cristo,
que ya me suena a verdad!

CLARA ¿Pues no?

FERNANDO Jurad que por mi
ella, en cambio, pierde el seso.
Me adora, sí; lo confieso.
(A MARÍA.)
Dígales usted que si.

LUIS. Y aunque lo niegue...

FERNANDO.(Rechazándolos.) Jamás
esperéis volverme a ver.
¡Oh qué feliz voy a ser
con no veros nunca más!

ESCENA XIII

DICHOS, ANTONIO y la MARQUESA, con una carta en la mano.

MARQUESA. Hijos, ¡qué gozo, qué dicha!...
¿No sabéis?

LUIS. ¿Qué?

MARQUESA. Que ya están
aquí las dispensas...

LUIS. ¡Cómo!...

MARÍA.(¡Cielos!)

CLARA. ¿Qué dispensas?
¡Bah! las del Papa.

CLARA. ¿Y qué?

MARQUESA. ¡Me gusta!
Que ya te puedes casar
con tu primo.

CLARA. Sí, a buen tiempo
se acuerda Su Santidad...

MARQUESA. Dentro de muy pocos días
aquí se celebrarán
las dos bodas.

LUIS. ¿Qué dos bodas?

MARQUESA. Toma, las vuestras.

LUIS y CLARA. Jamás.

MARQUESA.¡Válganme todos los santos
de la corte celestial!
¡Siempre lo mismo!

FERNANDO.(Acercándose.) Mi boda
con Clara imposible es ya.

MARQUESA.¡Fernando!

CLARA. Mañana sale
de Granada.

MARQUESA. ¿Os chanceáis?

FERNANDO. No: me ausento.

MARQUESA Y ¿qué motivo?...

MARÍA.(Bajo, a FERNANDO.)
(¡Por Dios!...)

FERNANDO.(Bajo, a MARÍA.)
(No hay remedio.)

LUIS. Hablad
alto: que se oiga.

MARQUESA. ¿Qué tienes,

Luis? ¿Qué te ha dado?

CLARA. ¡Ay, mamá!
(Llorando a lágrima viva y abrazando a su madre.)

MARQUESA. Clarita... ¿Qué les habéis
(A FERNANDO y MARÍA.)
hecho? Pronto: contestad,
picaronazos. ¡Ay, hijos
de mi alma!

CLARA. ¿Si creerán
que esto ha de quedar así?
Vaya, justito, cabal.
Harto he callado; ya no
quiero, quiero hablar,
quiero decirlo.

LUIS. Ya es hora;
ya el silencio está de más.

CLARA. Fernando me engaña.

LUIS. A mí
me engaña María.

MARQUESA. ¡Hay tal!
¡Qué rayo de luz! ¿Acaso
Antoñito?...

ANTONIO. ¡Voto a san!... ¿Yo?

MARQUESA.(A LUIS.)
¿No es él?

LUIS. No. Quien la quiere....

CLARA. A quien ella ama...

MARQUESA. Acabad.

CLARA. Es Fernando.

MARQUESA. ¡Jesucristo!

LUIS. Sí: Fernando es mi rival.

ANTONIO.(¡Se están luciendo!)

MARÍA. Imposible
que usted me crea capaz...
(Acercándose a la MARQUESA.)

LUIS.(A su hermana.)
¿Ves que insolencia?

FERNANDO. Son locos,
señora, locos de atar.

CLARA.¿Locos? ¿Y te atreves?...Mira
(A su hermano.)
que es mucho... Si miente más
que habla..., y así con ese
aire de formalidad...
Falso, hipócrita,... (Yendo hacia FERNANDO.)

ANTONIO.(Interponiéndose.) Clarita...

CLARA.¡Que me deje usted en paz!

ANTONIO. Oh! (¡Qué víbora!)

LUIS. Éste anda,
(A su madre.)
a fuer de amigo leal,
en esos teje maneje.

ANTONIO. ¡Luis! (Paciencia y barajar.) (Conteniéndose.)

MARQUESA. Pero, ¿estáis seguros?

CLARA. Como
de que ésa es luz.

MARÍA. ¡Por piedad!

MARQUESA.¡Qué picardía!

FERNANDO. Señora...

ANTONIO. Eh, calla. (Sujetándole.)

LUIS. Otro en mi lugar
nunca pensara en casarse
con quien no fuera su igual.
Yo a esa pérfida, mi nombre,
mis bienes quería dar.
Lo que me sucede es justo
castigo a mi necedad.

MARÍA.¡Oh!

FERNANDO. ¿Qué has dicho?

MARÍA. ¿A una mujer
tal injuria? Hace usted mal,

FERNANDO.¿Y te llamas noble? Necio,
¿valen más que su beldad
tus riquezas? ¿Más tu nombre
que su virtud? ¿Lo que da
mérito y fama tan sólo
en esta vida fugaz,
que lo que Dios en el cielo
premia con lauro inmortal?
Bien dices; razón te sobra;
la unión era desigual:
no mereces tú una dicha
que ni aun sabes apreciar.

CLARA.(A su madre.)
¿Lo estás viendo?

MARQUESA. ¡Qué insolencia,
qué!...

CLARA.Y anoche... no hubo tal
ladrón...

MARQUESA. Pues ¿qué hubo?

LUIS. Una infamia.

FERNANDO. La vuestra.

CLARA. Una iniquidad.

MARQUESA. Di.

FERNANDO. Mi encuentro con María
en el huerto fue casual.

MARQUESA.¿Con que en el huerto?

CLARA. A las dos
de la madrugada, allá
los encontré yo, solitos.

LUIS. También yo.

MARQUESA. ¿Será verdad?
¡Tal escándalo en mi casa!

MARÍA.¡Me está clavando un puñal!

FERNANDO. Por favor.

MARQUESA. Aparta. Así
paga la hospitalidad
que le hemos dado. ¡Qué ejemplo
para mi hija!

MARÍA. ¡Esto más!

ANTONIO. (¡Por vida!...)

FERNANDO.(A la MARQUESA.)
Mayor cordura
piden en usted su edad,
sus deberes...

LUIS. ¿A mi madre
osas por ella insultar?
¡Fernando!

FERNANDO. ¡Luis!

MARQUESA. ¡Ay! ¿Qué intentan?

ANTONIO.(¡La bola de nieve!)

MARQUESA.(A FERNANDO.) Sal,
sal de aquí.
(A MARÍA) Tú...

MARÍA Quien a Clara
tan malos ejemplos da,
debe marcharse también.

MARQUESA.¿Con que te quieres marchar?

CLARA. Pues; para amar a Fernando
con entera libertad.

MARÍA. Me voy, porque aquí padece
mi decoro.

MARQUESA. Entonces, haz
lo que gustes, hija; dueña
eres de tu voluntad.

MARÍA. Falso es lo que hoy se me imputa;
pero otros yerros quizá
cometí. Perdón: lo imploro
(Arrodillándose a los pies de la MARQUESA.)
de rodillas, y en señal
de respeto y de cariño,
permítame usted regar
con lágrimas esta mano,
amparo de mi orfandad. (Besándole una mano.)

MARQUESA.(Enternecida.)
Mas... ¿Qué... de veras?...

MARÍA.(Levantándose.)
¡Dios mío!
¿Usted llora?

MARQUESA. Es natural.
Que una..., porque al fin...
MARÍA.(Besándole de nuevo las manos.)
¡Oh, gracias;
gracias! ¡Qué felicidad!

CLARA.(Con despecho.)
No sabe la niña. Con
cuatro mimos...

MARQUESA.(Enojada.)
¿Callarás?

CLARA.(Sollozando amargamente.)
¡Bueno!... Ya nadie me quiere:
ni mi madre...

MARQUESA.(Va hacia ella como para consolarla.)
¡Oh! Ven acá,

tontuela.

FERNANDO.(A Antonio.)
¿Ves qué mujer?
Si la inspira Satanás.

LUIS. No hables así de mi hermana.
Mira que...

ANTONIO. ¡Por San Froilán
bendito!

MARQUESA. ¡Luis! ¿Otra vez?...
¡Mal hijo! A matarme vais
entre todos.

CLARA. Eso; riñe,
riñe a mi hermano, que es gran
delito ampararme. Sigue
tú, Fernando, que a mamá
le agrada oírte. Coloca
a María en un altar,
como es justo; y para mí
después no haya caridad.
¡Me muero, me muero!...

MARQUESA. ¡Ay, Dios!
Clarita... ¡Algo le va a dar!...
Vea usted... (A ANTONIO con gran ansiedad.)

ANTONIO.(Retrocediendo.)
No; yo no puedo
curar esa enfermedad.
LUIS.¡Ojalá que se muriese!
¡Más le valdría! ¡Ojalá
que yo me cayese aquí
redondo!

MARQUESA.¡Qué atrocidad!
¡Ay, Virgen de las Angustias!

JUANA.(Dentro.)
Tunante.

PEDRO.(Dentro.)
Aguarda.

JUANA. Animal,

borracho.

MARQUESA. ¿No oís?

JUANA.(Sale corriendo por el foro.)
¡Señora,
señora!

PEDRO.(Persiguiéndola.)
Te he de matar.

ESCENA XIV

DICHOS, JUANA y PEDRO.

MARQUESA. No hay más; todos están locos,
(MARÍA se va por la izquierda, y vuelve a poco con una mantilla puesta.)
todos.¿Por qué así venís?
¿Qué hay?

JUANA. Que el señorito Luis
me anda haciendo zorroclocos.

MARQUESA. ¿Qué... dice?

JUANA. Y aunque yo oculto
lo tuve..., pues, mi marido,
que es muy galgo, se lo ha olido,
y quiere zurrarme el bulto.

MARQUESA Pero ¿es cierto?...

PEDRO. He de acabar
con ella. Y usted... (Encarándose con LUIS.)

MARQUESA. ¡Qué horror!

LUIS. Di.

PEDRO. Usted es un seductor.

MARQUESA.¡Jesús!

LUIS.(Yendo a él.)
Te voy a estrellar.

PEDRO.(Corriendo.)

¡Socorro!

LUIS. Aguarda, maldito.
pues en mejor ocasión...

PEDRO.(Poniéndose detrás de la MARQUESA.)
¡Señora, por compasión!

JUANA. Mátele usted, señorito.

MARQUESA.(A LUIS, deteniéndole.)
Sepamos, ¿qué es esto?

LUIS. Celos
quise dar a esa traidora,
a esa infame. (Viendo salir a MARÍA.)

MARÍA. Adiós, señora.

MARQUESA. (Con pena.)
Conque al fin...

MARÍA. Saben los cielos...

LUIS.(Interrumpiéndola.)
Saben tu culpa.

MARÍA.(Sin decidirse a marcharse.)
¡Qué horrible
ceguedad!

LUIS. ¡Cuánta doblez!,
digo yo.

CLARA. Se irá otra vez;
lo que es hoy...

MARÍA.(Alejándose. FERNANDO la detiene.)
Basta.

FERNANDO. ¿Es posible
que el corazón no os taladre
mirarla en trance tan duro?
Es inocente: lo juro
por la gloria de mi padre,
Vuelva usted a la razón,
señora. Tú, Luis, repara
lo que vas a hacer. Tú, Clara,
no tienes mal corazón.

LUIS.¡Cómo en el dolor se abisma;
cómo por ella desmaya
su altivez!

CLARA. ¡Oh!, que se vaya,
o he de arrojarla yo misma.

(FERNANDO da un grito de indignación. ANTONIO expresa con sus ademanes el horror que le causa la conducta de CLARA. La MARQUESA trata de apaciguarla.)

MARÍA.¡Gran Dios!

JUANA.(Llorando.)
Vámonos de aquí,
señorita.

MARÍA.(Apoyándose en ella.)
Ven conmigo,
sí.

LUIS. La execro.

CLARA. La maldigo.

FERNANDO. Apóyese usted en mí.
(Asiendo un brazo a MARÍA y haciéndola que lo apoye en el suyo.)

MARÍA.¡Oh!

CLARA. ¿Cómo?

FERNANDO.(A todos.)
Firme sostén
prestarla tranquilo puedo.
(A MARÍA.)
Apóyese usted sin miedo:
la ampara un hombre de bien.

MARQUESA. Salid, pues.

CLARA. ¿Juntos los dos?

LUIS. Salid.

FERNANDO. Estéril encono.

MARÍA.(A LUIS.)
Te desprecio.

(A CLARA.)
Te perdono.

ANTONIO.¡Bien, Fernando!

MARÍA. Adiós.

FERNANDO. Adiós.
(Vanse MARÍA, FERNANDO, ANTONIO. JUANA y PEDRO por la puerta del foro.)

ESCENA XV

CLARA, LUIS, la MARQUESA, y después PEDRO.

CLARA.(¡Juntos!)

MARQUESA. ¡Qué día!

CLARA. ¡Y se irán!

LUIS.(Aparentando tranquilidad.)
Sin duda.
(¿Y yo me contengo?)

CLARA.¡Se van!

LUIS.¡Valor!

CLARA. Si lo tengo;
Pero ¿no ves que se van?

LUIS.(Riéndose.)
Pues ríete... como yo...

CLARA. Sí..., ya me río..., me río...
(Riendo con expresión angustiosa.)
Míralo...

LUIS. ¡Clara!

MARQUESA. ¡Dios mío!

CLARA.¡No se irán!, ¡mil veces no!
(Corriendo hacia el foro; LUIS y la MARQUESA la detienen.)

LUIS y MARQUESA.¡Oh!

CLARA. Soltad. ¡Aleve, ingrato!
(Luchando por desprenderse de los brazos de su hermano y su madre.)
Soltad. ¡Fernando! ¡María!
(Corriendo otra vez hacia el foro y llamándolos a gritos.)

PEDRO.(Presentándose en la puerta del foro cuando CLARA va a salir por ella.)
¡Se fueron!

CLARA. ¡Madre!
(Arrojándose en sus brazos.)

MARQUESA. ¡Hija mía!
(Estrechándola contra su seno.)

LUIS.(O él me mata, o yo le mato.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

Habitación humilde en una casa de campo. Puerta en el foro; otras a la izquierda, en primero y segundo términos.

ESCENA PRIMERA

PEDRO y JUANA.

PEDRO. Juana, Juanilla, ¿será
verdad que al fin te recobro?

JUANA. Verdad es: ¿qué ha de hacer una?
Tengo yo un alma...

PEDRO. De corcho.
No me hicieras penar tantos
días a no ser un monstruo;
que ya de angustia y coraje
bramaba yo como un toro.
Y mira, Juana, ¡por éstas!,
(Juntando las manos en cruz y besándolas.)
si hoy no te ablandas, me ahorco.

JUANA. Pues lo pasado, pasado,
y vida nueva, pimpollo.

PEDRO.¡Jesucristo! No me digas
requiebros, que me acongojo.
Niña mía, resalada,
cara de cielo, tesoro
de mi corazón.

JUANA. Pero oye:
se acabó el estar celoso.
Que no has de alzarme la mano,
que no has de armar alboroto
porque me miren.

PEDRO. Corriente.

JUANA. Ni porque me echen piropos.

PEDRO. Bueno.

JUANA. Ni porque me abracen.

PEDRO.¡Mujer!...

JUANA. Ni porque...

PEDRO. ¡Un demonio!

JUANA. Lo dicho, dicho; si no
lárgate, y punto redondo.

PEDRO. Callaré aunque vea...

JUANA. ¿Qué
podrás ver que sea impropio
de una mujer tan honrada
como yo? No hagas el tonto,
y habrá paz.

Librodot

PEDRO. Bueno: descuida;
ya verás cómo me porto.
Ahora es preciso que juntos
busquemos un acomodo.

JUANA. Ya sé que también te fuiste,
de allá.

PEDRO. Estaba tan furioso,
que al instante hice mi hatillo
y me planté en el arroyo.

JUANA. Lo que es yo me quedo aquí,
marido; yo no abandono
a mi señorita; y eso
que estoy..., ¡caramba!, hasta el moño,
de vivir en campo raso.
Para ocultar su bochorno
y su pena, a esta casita
que le buscó don Antonio,
se vino la pobre, y sola
con ella, sin más holgorio
que verla llorar, me aburro
de veras. Cierto es que como
y apenas trabajo; pero
yo perdonaría el bollo
por el coscorrón.

PEDRO. Pues deja
que allá se las hayan solos.
Que la consuele el querido.

JUANA.¿Qué querido?

PEDRO. Si es notorio
lo que pasa. Ya lo cuentan
en Granada hasta los loros.
¡Qué alhaja salió la niña!
¿Quién lo pensara de un mozo
como don Fernando, siempre,
al parecer, tan juicioso?

JUANA. Más mata una mala lengua
que la mano del verdugo,
que el verdugo mata a un hombre
y ella mata a todo el mundo.
Bien dice la copla. ¿Cuándo

se venderán en manojos
las malas lenguas? ¡Qué pisto
haría yo tan sabroso
con ellas! Pues me ha gustado
que creas tales embrollos
también tú.

PEDRO. Yo digo...

JUANA. Calla.

PEDRO. Mujer...

JUANA.(Amenazándole.)
Calla o te acogoto.

ESCENA II

DICHOS y MARÍA.

MARÍA.(Sale por la puerta de la izquierda de segundo término.)
¿Qué es eso?

PEDRO. Nada...Que estamos
haciendo las paces...

JUANA Poco durarán. ¡Ay, señorita!
Sepa usted que este galopo
es también de los que creen
que usted...

PEDRO.(Bajo a JUANA.)
¡Por San Pedro apóstol!

JUANA. Y el señorito Fernando...

PEDRO.(Se empeñó.)

JUANA. Pues...

MARÍA. (¡Qué sonrojo!
¡Qué humillación!)

JUANA. Dios me libre
de un hombre tan malicioso

PEDRO. Como uno dice lo que oye

decir... Pero no es lo propio
decir que creer las cosas;
y a mí me sobra meollo
para conocer que usted
no es capaz... Y que un antojo
cualquiera lo tiene; el diablo
nos tienta... y el...

JUANA. ¡Me sofoco!

MARÍA. Dejadme.

JUANA. Vente.

PEDRO. ¿Qué dije de malo?

JUANA. ¡Si ya estás chocho!
Alguien sube la escalera.

MARÍA.(Con anhelo.)
Mira quién es.

JUANA. Lo supongo.

PEDRO.(Pues el galán.)
(Vanse por el foro PEDRO y JUANA.)

ESCENA III

MARÍA, y a poco ANTONIO.

MARÍA. Ya era tiempo.
No habrá para mí reposo
hasta haberle dicho... Mal
tan rudos golpes soporto.

ANTONIO. A los pies de usted.

MARÍA. ¿No viene Fernando?

ANTONIO. Rato muy corto
debe tardar.

MARÍA. Ya hace días
que no le veo.

ANTONIO. ¿Exigíoslo

usted misma y le sorprende
que no venga?
MARÍA. Ya es forzoso
que nos veamos.

ANTONIO. (Y aún juran
que... ¿Si me tendrán por bobo?)

MARÍA.¿Vendrá hoy?

ANTONIO. Por fuerza. Usted
aquí y en Granada el novio,
mal pudiera el casamiento
celebrarse.

MARÍA. ¿Qué? ¡Tan pronto!
No puede ser... No es creíble...

ANTONIO.¿Sabe usted lo que nosotros
hemos corrido estos días?
Hoy por fin no queda estorbo
que allanar; todo se ha hecho
a escape y con el más hondo
sigilo. Quizá Fernando
me siga ya presuroso,
y poco después el cura,
nuestro amigo don Jerónimo,
vendrá a casarlos a ustedes
aquí mismo.

MARÍA. ¡Oh, no! Que todo
se suspenda. Corra usted.
¡Yo su esposa!

ANTONIO. Estoy absorto.

MARÍA.¡Imposible!

ANTONIO. Usted al fin
consintió...

MARÍA. Mas ya deploro
haber cedido a sus ruegos.

ANTONIO.¿No es digna acaso de encomio
su intención?

MARÍA. ¡Ay, Dios! No cabe
proceder más generoso.

ANTONIO.¿Por qué quiere usted entonces
evitar?... No hay otro modo
de salvarla a usted. Así
no mas se pondría coto
a viles murmuraciones.

MARÍA.¡Oh! Que arrastren por el lodo
mi fama; nada me importa.
Corra usted.

ANTONIO. Si ya es ocioso...
Ya nada puede tardar...

MARÍA. Corra usted, por Dios.

ANTONIO.(Vase por el foro.) Bien, corro.

ESCENA IV

MARÍA.¿Cómo a sus instancias pude
ceder al fin? ¿Qué trastorno
padeció mi mente cuando
estimé tal matrimonio
posible? ¿Fue todo en mí
ansia de evitar mi oprobio,
de vengarme al mismo tiempo
de Luis, y hallar el apoyo
que he menester en Fernando,
o además tuvo algún otro
móvil mi condescendencia?
No: sin duda me equivoco.
Gratitud es lo que siento
por él; gratitud tan sólo.

ESCENA V

MARÍA y CLARA. CLARA entra por el foro cubierto el rostro con velo o mantilla. Detiénese a alguna distancia de MARÍA y descúbrese.

MARÍA.¿Quién es? ¿Qué veo? ¡Tú aquí!

CLARA. Yo, María; yo que pongo
mi necio orgullo en olvido,
yo, que tu favor imploro.

MARÍA. Mas ¿qué significa?

CLARA. Sola,
exponiéndome al enojo
de Luis, causando a mi madre
nuevo dolor, abandono
mi casa y vengo a la tuya.
¿Por qué? Contempla mi rostro;
mira cuánto he padecido,
y si tu perdón no logro...

MARÍA. Me pasma oírte.

CLARA. He cambiado mucho.

MARÍA. ¿Sí?

CLARA. No me conozco
yo a mí misma. Fue indiscreto
mi proceder, fue horroroso,
amaras o no a Fernando.

MARÍA.¿Luego lo dudas?

CLARA. Tu asombro
es natural. Hoy lo dudo,
y antes... Pero hoy reflexiono
con más calma. Bien pudimos
engañarnos, que no somos
infalibles. A eso vengo
también: habla sin rebozo;
dime la verdad.

MARÍA. ¿Y acaso
me darás crédito?

CLARA. ¿Cómo no? Se acabaron
mis celos de veras.

MARÍA. Pues te respondo
de que él no me quiso nunca,
ni yo le quise tampoco.

CLARA.¿No me engañas?

MARÍA. No.

CLARA. ¡Qué dicha

tan grande! ¡Cuánto le adoro!
¡Fernando mío! Sin él
me muriera.

MARÍA. (¡Dios piadoso,
qué iba yo a hacer!)

CLARA. Quiero hablarle,
pedirle perdón.

MARÍA. Muy pronto
le verás.

CLARA. ¿Dónde?

MARÍA. Aquí misino.

CLARA.¿Vendrá?

MARÍA. De fijo.

CLARA. ¿Incomodo, quizá?

MARÍA. ¡Clara! ¡y me decías!...

CLARA. Afirmas con tanto aplomo
que vendrá de fijo.

MARÍA. ¿Y qué?

CLARA. Cierto...Nada...Si no ignoro
que viene.

MARÍA. Sabe además
que pretende ser mi esposo.

CLARA.¿Qué escucho? ¿Y pude creerte?

MARÍA.¿Otra vez?

CLARA. Leo en el fondo
de tu corazón: comprendo
que os amáis. Sacia tu encono,
tu rencor; véngate ahora
burlándote de mi lloro,
de mi desdicha. Casaos. (Dirigiéndose al foro.)

MARÍA. No, Clara.

CLARA. ¿No? (Volviendo al lado de MARÍA.)

MARÍA. Yo me opongo...

CLARA.¿Mas Fernando?...

MARÍA. Caballero,
honrado y pundonoroso,
a costa de un sacrificio
quiere evitar mi desdoro,
salvar mi fama, que habéis
comprometido vosotros.
Pero te ama. Quede yo
sin honra; sea él dichoso,
y tú con él.

CLARA. Ni siquiera
merezco besar el polvo
que tú pisas. ¡Oh, qué injusta
soy contigo!

MARÍA. Te perdono;
ya lo dije.

CLARA. Mas ahora
no condenes mi alborozo.
Luis... En vano supliqué,
en vano me vio en el colmo
del dolor... Hoy con Fernando
quiere batirse.

MARÍA. ¿Qué oigo?

CLARA.¿Verdad, María, verdad
que esto sería espantoso?

MARÍA. Sí, Clara.

CLARA. El uno mi sangre,
alma de mi alma el otro.
Sólo de pensarlo, creo
que, falta de aire, me ahogo.
¡Qué fortuna haber venido,
cediendo al grito imperioso
de mi corazón! Fernando
no te ama; ni por asomo
le quieres tú; le hablaremos
las dos, y luego entre todos
convenceremos a Luis.

Ni temas que tu decoro
quede manchado. Si el pobre
está muerto por tus ojos.
Y ¿qué ha de hacer cuando sepa
la verdad? Volverse loco
de alegría; darte al punto
su nombre.

MARÍA. No le ambiciono:
jamás le aceptara.

CLARA. Deja
que te abrace en testimonio
de amor fraternal: tu pecho
no puede ser rencoroso.
(Abrazando y besando a MARÍA.)

MARÍA. Si esa noble confianza
se desvaneciera al soplo
más leve...

CLARA Nunca. ¿No oíste? (Asomándose a la puerta del foro.)
¿Será él?

MARÍA. Sin duda.

CLARA. ¡Oh gozo!
(Como asaltada de una idea repentina.)
Si me ofrecieses callarle.
mi venida.
(Sin dejar de mirar al fondo en todo lo que resta de esta escena.)

MARÍA. ¿A qué propósito?

CLARA. Para oírle oculta.

MARÍA. ¡Clara,
Clara!... Más sí, me conformo;
ocúltate.
CLARA.(Alejase y vuelve.)
¿No le harás
gesto ni seña?...

MARÍA. ¡Qué odioso
recelar!

CLARA. Júralo.

MARÍA. Bien,
lo juro, y al cielo tomo
por testigo. A ver si al fin
te convences.

CLARA. Es chistoso
que creas... Bien convencida
estoy; pero... (Como si sintiese llegar a FERNANDO)
Aquí me escondo.
(Yéndose precipitadamente por la izquierda.)

MARÍA. Mucho me cuesta, no importa.

ESCENA VI

FERNANDO y MARÍA.

FERNANDO.¿Es cierto, María, es cierto
lo que me han dicho? Pues ¿cómo
ha cambiado usted tan presto
de resolución?

MARÍA. Si un día
acepté el ofrecimiento
que se me hace, fue, sin duda,
porque no estaba en mi acuerdo.
Ya usted cumplió sus deberes
de amigo y de caballero:
no quiera Dios que yo abuse
de tal bondad. Me avergüenzo
de mi egoísmo.

FERNANDO. Señora,
ése es un vano pretexto.
Usted por ellos pretende
sacrificarse de nuevo.
¿Lo merecen? Aunque fuera
posible un avenimiento,
¿deberíamos nosotros
condenarnos a perpetuo
martirio? Ni hay quien se exponga
al público menosprecio
casándose con usted,
después del grave suceso
que nadie ignora y produce
tanto escándalo.

MARÍA. Yo tengo.
por dicha, muy bien sentada
mi reputación.

FERNANDO. Por eso
mismo; que siempre causó
mucho gozo en este infierno
ver la caída de un ángel.
Luis dice que nos queremos;
lo dice Clara, y también
la Marquesa; en un momento
de irreflexión, de su casa
juntos salimos; con menos
basta para que una joven
quede perdida.

MARÍA. Yo creo
que usted exagera.

FERNANDO. No,
por desgracia, no exagero.
Si usted no se une conmigo,
perdida está sin remedio.
Ceda usted, por Dios, María;
ya todo se halla dispuesto;
y aquí mismo un sacerdote,
que debe llegar muy luego...

MARÍA. Fernando, nunca; imposible.

FERNANDO. Pues sépalo usted: hoy debo
batirme con Luis.

MARÍA. No ignoro
ese bárbaro proyecto,
que no ha de llevarse a cabo.

FERNANDO. Hoy mismo. Sobrado tiempo,
porque usted lo quiso, humilde
soporté mi vilipendio;
y si hoy no me bato, Luis,
lo que ayer juró cumpliendo,
pondrá su mano en mi rostro.
Yo no debo, yo no quiero
atentar contra su vida;
él, de mi sangre sediento,
seguro es que ha de matarme.
Déjeme usted que a cubierto
ponga su decoro; así

después moriré contento.
Y usted con otro enlazada
más feliz, logre el afecto
de esposa gozar y el santo
amor de madre. Y si puedo,
haré que Luis su injusticia
conozca al fin, porque veo
que usted le quiere, a pesar
de todo. Cuando, vertiendo
mi sangre, sacie su furia,
yo por mi descanso eterno
juraré que no es culpada
su María. En tal momento
de mis palabras acaso
no dude, y, viéndome muerto,
tal vez a usted volverá
curado de infames celos.

MARÍA.(¡Qué corazón! ¡Dios benigno,
protégeme!)

FERNANDO. ¿No merezco
que usted me responda? Es fuerza
que al instante nos casemos.
No bien esté celebrada
la unión, yo marcho, me alejo
de usted, y voy a morir.
¿No es puro y noble mi intento?

MARÍA. Usted delira, usted lleva
su abnegación a un extremo...

FERNANDO. La vi a usted desamparada,
la amparé; la vi de acerbos
dolores presa, fue justa
mi piedad: la vi sufriendo
todo linaje de insultos,
la indignación y el deseo
de evitar tales desmanes
mi pecho agitaron; viendo
la prudencia, la sublime
resignación, el aliento
sobrehumano con que un día
y otro soportaba el peso
de sus males, en usted
admiré sin par modelo
de nobles mujeres; hoy
que en duda su honor se ha puesto.
quiero restaurarle, cifro

toda mi ventura en ello;
este natural conato
de dar al triste consuelo,
de amparar al débil; esta
piedad debida, este aprecio,
esta admiración que usted
merece, este sentimiento
de justicia que me inflama
en ansia de poner freno
a vil calumnia; la voz
de mi deber..., todo esto;
y luego el vivo contraste
que ofrece el trato halagüeño
de usted, su candor sencillo,
su amable virtud, sus tiernos
sentimientos, comparados
con los vicios y defectos
de Clara, altiva, soberbia,
suspicaz, taimada; y luego
aquel recelar continuo,
aquel padecer eterno,
aquel vivir insufrible
a que por error ajeno
me vi condenado siempre;
y luego el maldito empeño
de ambos hermanos, que hacían
aún más tenaz, más tremendo
singulares circunstancias,
hijas de acaso funesto;
y luego quizá, el destino,
el cielo, quizá, el infierno
tal vez... En profundo mar
de conjeturas me pierdo,
contra mí mismo batallo,
a mí propio no me entiendo;
no sé qué extraña influencia
Clara y su hermano ejercieron
sobre mí; sólo una cosa
ya por indudable tengo,
por indudable, y a gritos
ahora me la está diciendo
mi corazón, y es, María,
que la adoro a usted con ciego
frenesí; tanto, que en vano
querrá explicarlo mi acento.

MARÍA.(Con íntimo gozo.)
(¡Cielos, me ama!) ¡Qué digo!...(Viendo moverse la puerta por donde antes entró CLARA.)
¡Y Clara nos está oyendo!

FERNANDO.¿Qué me indica esa zozobra.
esa ansiedad?...

MARÍA. ¡Oh, silencio,
silencio!

FERNANDO. Mil y mil veces
lo diré.

MARÍA. Sí; bien comprendo
que usted con mentiras trata
de hacer que yo más pequeño
juzgue el sacrificio...

FERNANDO. Usted
lo que sabe es que no miento.

MARÍA.¿Luego entonces miento yo?

FERNANDO. Una palabra. Ni aun sueño
que usted me pueda querer;
pero si un bien tan supremo
lograra, si tanta fuese
mi dicha...

MARÍA. ¿Hay tal fingimiento?

FERNANDO.¡Se burla de mí!

MARÍA. Fernando,
a usted le ciega el despecho,
porque aún idolatra a Clara.
Renuncie usted a ese duelo
y únase con ella.

FERNANDO. Nunca.

MARÍA. Acceda usted a mis ruegos.

FERNANDO.Mil muertes antes.

MARÍA. ¡Dios mío!
Es que Clara...

FERNANDO. Odio, desprecio
me inspira, y usted amor
puro, inextinguible, inmenso

MARÍA. Perdónela usted.

FERNANDO. Jamás.
Ya lo dije: la detesto.

MARÍA.(Arrodillándose)
Míreme usted a sus plantas.

FERNANDO. No; jamás.

ESCENA VII

DICHOS y CLARA.

CLARA.(Sale, coge de un brazo a MARÍA y la levanta con violencia. FERNANDO, al salir CLARA, da un grito de sorpresa; MARÍA, de dolor; aquél después inclina la cabeza, y ésta se oculta el rostro entre las manos.)
¡Alza del suelo!
¿Por qué me quieres hacer
limosna que no pedí?
Responde. ¡Que esta mujer
tenga lástima de mí!
Si cuando miente es ahora;
si él a ti nunca te amó;
si él, no hay duda, a mí me adora,
sólo a mí; pues no que no.
A ti sola, a ti te amaba
y en callártelo hizo mal,
que no por callar dejaba
de ser falso y desleal.
Y ya que, al fin, lo revela,
todo hecho azúcar y miel.
fuera escrúpulos, tontuela;
cásate al punto con él.
Yo soy joven todavía;
honrada y noble nací;
y quizá encuentre algún día
esposo digno de mí.
Más cuenta que yo en la boda
os tengo de apadrinar:
ésta es mi exigencia toda,
yo os conduciré al altar.
Y sin más, mil parabienes
recibid, y hasta después.
(¡Oh! Se me saltan las sienes:
ni acierto a mover los pies.)
(Dirígese al foro y tropieza con un mueble.)

FERNANDO.(Yendo hacia ella como para prestarle auxilio.)
y MARÍA.¡Oh!

CLARA. Quietos... Gracias... Repito...
(Felices serán los dos,
y yo en tanto...) Adiós, primito.
Quietos dije... (Con ira, al ver que insisten en seguirla.)
Adiós, adiós.

ESCENA VIII

DICHOS, ANTONIO y después LUIS.

ANTONIO.(Saliendo azorado por la puerta del foro.)
Chico, chico.

FERNANDO. ¿Qué hay, Antonio?

ANTONIO. Luis viene detrás de mí.

MARÍA.¿Luis?

ANTONIO. El mismo; hecho un demonio
porque su hermana está aquí.

CLARA. A tiempo llega.

MARÍA. No agraves
el mal; compasión.

CLARA. Descuida.

LUIS.(Al aparecer en la puerta del foro.)
Te hallo al fin.

CLARA.(Señalando a FERNANDO.)
Sí; ven. ¿No sabes?
Le he estado oyendo escondida.

LUIS. Sal de esta casa.

CLARA. Es su amante;
ya lo sabemos de fijo.

LUIS. Sal de aquí.

CLARA. Me iré al instante.

Y le dijo...

LUIS.(Sin poder dominarse, y acercándose a su hermana con vivísimo interés.)
¿Qué le dijo?

CLARA. Que ya no me quiere a mí,
que no me quiso jamás,
que a ella la adora, y así...
no sé cuántas cosas más.
LUIS.¿Y eso te sorprende acaso?

MARÍA.¡Clara!...

ANTONIO. (Bien me lo temía.)

CLARA.¡Bah! Si lo mejor del caso
no te he dicho todavía.

LUIS. Dilo.

MARÍA.Clara, estás abriendo
a nuestros pies un abismo.

LUIS.¿Qué hay? Acaba.

CLARA.(A MARÍA, irónicamente.)
Ya te entiendo.
Que quieren casarse hoy mismo. (A su hermano.)

LUIS.¿Eso quieren?

FERNANDO. No es verdad.
que ella lo quiera también.

CLARA. Hoy se casan.

MARÍA. Por piedad.

LUIS. Sígueme, Fernando; ven.

MARÍA.¿Qué pretendes, desdichado?

LUIS. Dar castigo a este traidor.

CLARA.(A LUIS.) ¡Y yo que había olvidado!...
Calma, calma tu furor.

LUIS.¿No me sigues?

FERNANDO. No.

LUIS. ¿Por qué?

FERNANDO. Aún, según nuestro convenio,
no es hora.

LUIS. ¡Me gusta! A fe
que el hombre es vivo de genio.
Armas en mi coche traje;
fuera estamos de poblado;
haz un poco de coraje,
y el cuento es cuento acabado.

FERNANDO. Hasta la hora convenida...

LUIS. Tratas de huir: lo presiento.

FERNANDO.(Avanzando hacia LUIS.)
¡Oh!

MARÍA.(Deteniéndole.)
Respete usted su vida.

ANTONIO.(A LUIS.) Renuncia a tu loco intento.

LUIS.¿Que yo renuncie...? A mi hermana
condenando a eterno lloro,
hace su esperanza vana,
pone en riesgo su decoro;
mal pariente y mal amigo
la mujer me roba a mí;
a quien tanto quiero.... digo,
a quien necio amar creí,
mi madre por él está,
de tal manera afligida,
que muy en breve quizá
le quite el dolor la vida.
Y cuando en mi justa furia,
tan lleno ya de razón,
de una y otra y otra injuria,
le pido satisfacción;
porque él en tono muy grave
responda sólo: «no puedo,
no debo», que es, ya se sabe,
como decir, «tengo miedo»,
¿yo no he de vengarme, yo
por contento me he de dar,

y todo aquí se acabó,
y pelillos a la mar?
¡Vive Dios! Eres tan necio
como infame.

FERNANDO.(Procurando contenerse.)
¡Luis!

ANTONIO.(A LUIS.) Repara...

LUIS.(Acercándose a FERNANDO, a pesar de que ANTONIO trata de detenerle.)
Si digo que te desprecio.

FERNANDO.(Más irritado.)
¡Luis!

LUIS.(Frenético de ira.)
Y te escupo a la cara.

CLARA. Advierte...

LUIS. Cobarde.

FERNANDO. Cesa.

LUIS. Cobarde, sí; lo repito.

FERNANDO.(Dirigiéndose al foro.)
Ven, pues.

LUIS. ¡Al fin! Ya es empresa
enfadar a este amiguito.

ANTONIO. Sí, castiga su insolencia,
puesto que así te provoca.

MARÍA.¿También usted?

ANTONIO. La paciencia
de un santo sería poca.

MARÍA. Ruégale tú.

CLARA. ¡Ni merece
que le castigue tu mano!
Déjale.

LUIS.(A MARÍA.)
Más me enfurece

tu súplica.

MARÍA. ¡Todo en vano!

FERNANDO. La muerte de Luis sería
causa de dolor tremendo:
ya lo sabe usted, María;
yo a nadie aflijo muriendo.

MARÍA. Noble eres, Luis; ya has oído
que tu muerte no desea,
que va a morir decidido.

LUIS. Después cambiará de idea.

MARÍA.¡Por tu madre, por el cielo!

LUIS. Por nada.

MARÍA. Pues bien; Fernando
va a renunciar a ese duelo.

LUIS.(Irónicamente.)
¿Tú lo exiges?

MARÍA. Yo lo mando.
¡Usted morir! ¿Quién reclama (A FERNANDO.)
tal sacrificio? Cruel (A LUIS.),
óyelo bien. Él me ama
y yo.... yo le adoro a él.

CLARA y LUIS.¡Oh!

FERNANDO. ¿Qué escucho?

CLARA. Al fin se vende.

FERNANDO. ¿Será cierto?

ANTONIO. (¡Bueno va!)

CLARA y LUIS.¡Le ama!

MARÍA. ¿Qué os sorprende?
Pues ¿no lo sabíais ya?
Le amo, sí.

FERNANDO. Gracias, señora.

MARÍA. Aún hay quien llanto derrame
por usted.

LUIS.(A MARÍA.)
Calla, traidora.

FERNANDO.¡Oh qué dicha!

CLARA.(A FERNANDO.) Calla, infame.

LUIS. Vamos, o en nada reparo.

FERNANDO.(A ANTONIO.) Tú de ambos serás testigo.

ANTONIO.¿Qué he de hacer?

MARÍA. ¿Mi amor declaro,
y nada en cambio consigo?

FERNANDO.¿Cómo evitar este lance?
Y si usted me tiene amor,
¿no debo yo a todo trance
guardar intacto mi honor?

MARÍA. Hoy me llama usted su esposa
si consiente en no reñir.

LUIS.¿El tu marido?

CLARA. ¡Si es cosa
de no poderlos oír!

FERNANDO.¿Aceptará usted mi nombre?

MARÍA. Con orgullo y con placer.

CLARA.¡Y yo he querido a este hombre!

LUIS.¡Y yo quise a esta mujer!

FERNANDO. Amor el tuyo funesto:
ya no hay nada entre los dos;
y ojalá nunca...

CLARA. ¿Oyes esto?
Ea, mátale, por Dios.

MARÍA.¡Qué horror! ¡Piedad!

LUIS. No la esperes.

MARÍA. Matadme primero a mí.

LUIS.¿Ahora detenernos quieres?

MARÍA.(Colocándose delante de la puerta del foro.)
No saldrás.

LUIS. (Asiendo a MARÍA de un brazo, y trayéndola hasta cerca del proscenio.)
Quita de ahí.

FERNANDO. Partamos. (Saliendo con ANTONIO por la puerta del foro.)

MARÍA.(Por FERNANDO.)
¿Y en su alma cabe
tal rigor?

LUIS. Nadie te ampara. (Vase y cierra la puerta.)

MARÍA.(Corriendo hacia el foro.)
Y cierra..., y quita la llave.

FERNANDO.(Dentro.) Adiós, María.

LUIS.(Dentro.) Adiós, Clara.

ESCENA IX

CLARA y MARÍA.

MARÍA. Por ti corren dos hermanos
a matarse, alma de fiera.
¡Ay de ti! Muera el que muera,
ese habrá muerto a tus manos.
¿Y aún tu maldad te envanece?
¿Y aún tu crimen no te espanta?

CLARA. Si muere Luis... ¡Virgen santa!
Pues si Fernando perece...
Por mí se van a matar;
no hay duda, por culpa mía...
¡A matarse! ¿Y tú, María,
los has dejado marchar?

MARÍA.¿Lo ves? Al fin, desdichada,

cesó tu insensato alarde.
¡Ya es tarde! (Con profundo dolor.)

CLARA. ¿Para qué es tarde?
Dímelo. No digas nada.
¿Esas puertas?...

MARÍA. Todas dan
a aposentos interiores.

CLARA. Aún debieron ser mayores
tus ruegos, mayor tu afán.

MARÍA. Harto vieron mi aflicción,
harto he gemido y rogado.

CLARA.¿Y qué? ¿Nada? ¿Se han marchado?
¡Si no tienen corazón!

MARÍA. Infeliz, ¿ahora te aflige
lo que hace poco anhelabas?

CLARA.¿A qué decir que le amabas?

MARÍA. No mentí cuando lo dije.

CLARA. Ese es castigo bastante
para mi culpa.
Además,
hoy la muerte llorarás
de tu hermano o de tu amante.

CLARA.¡Salva a mi hermano, gran Dios!
¿Qué digo? ¡Salva a Fernando!
Dios mío, estoy blasfemando.
¡A los dos, salva a los dos!

MARÍA. Mucho vas a padecer.

CLARA.¡Socorro, favor! Gritemos.

MARÍA.¿Y a qué gritar?

CLARA. Pues ¿qué haremos?
hagamos algo, mujer.

MARÍA. Esperar en Dios.

CLARA. Jamás

la esperanza en Dios perdí.
Esperar en Dios, sí, sí;
pero algo más, algo más.
¡Favor! Cerraron la puerta.
¡No me oyen! Y Luis, sin duda,
la cerró. Ven; dame ayuda.
Pronto la verás abierta.

MARÍA. No es posible.

CLARA. ¿Por qué no?
Ven; mis esfuerzos imitan.
No; nada... ¡Puerta maldita!
¿Y ha de poder más que yo?

MARÍA. No hay remedio. ¡Ay, infelices
de nosotros!

CLARA.¡Qué tormento!

MARÍA.¡Tal vez en este momento!...

CLARA. Mira, por Dios, lo que dices.
¿Supones que ya?... Mal haces;
ni lo imagines siquiera.
Crimen espantoso fuera,
de que ellos no son capaces;
que si la furia los hizo
olvidarse aquí de todo,
luego... ¿Aún tiemblas de ese modo?
Pues yo bien me tranquilizo.
Segura tienen la vida:
con que tu ansiedad reprime
y no calles; habla, dime
que te das por convencida.
Cualquiera de ellos que osare
hacer al otro algún daño...
verás cómo no me engaño,
¡Verás!...

MARÍA y CLARA. ¡Oh!
(Suenan fuertes golpes en la puerta del foro.)

ESCENA X

DICHAS y PEDRO y JUANA, dentro.

JUANA. ¡Dios nos ampare!

PEDRO.¡Señora!

MARÍA. Abrid.

JUANA. Han quitado la llave.

CLARA. ¿Qué hay?

MARÍA. ¿Qué tenéis?
J
UANA.¡Ay, señorita!

CLARA. ¿Hablaréis?

MARÍA. ¿Qué pasa?

PEDRO. Que le han matado.

CLARA y

MARÍA.¡Jesús!

PEDRO. Y le traen en peso.

JUANA.¡Que venga usted, señorita!

MARÍA.¿Mas quién a quién?...

CLARA.¡Quita, quita!
(Apartándola de la puerta y tapándola la boca con una mano.)
¿Vas a preguntarles eso?

MARÍA.¡Así estaremos penando
por los dos!

CLARA. ¡Silencio!

MARÍA. Sí; (Prestando atención.)
Alguien más viene hacia aquí.

CLARA.¿Será Luis? ¿Será Fernando?

MARÍA.¿Oyes?

CLARA. La puerta han abierto.

MARÍA.¡Dios piadoso, en ti confío!

CLARA.¡Oh!
(LUIS aparece en la puerta del foro pálido y desencajado.)

MARÍA. ¡Qué veo!
(Saliendo precipitadamente por la puerta del foro.)

CLARA.(Arrojándose en sus brazos con expresión de alegría.)
¡Hermano mío!
¡Fernando, Fernando ha muerto!

(Con el más profundo dolor, y dejándose caer en una silla. LUIS se queda inmóvil y profundamente abstraído. Pausa.)

ESCENA XI

CLARA y LUIS.

CLARA.¿Morir él? ¿Y no ha cesado
mi corazón de latir?
Pues qué, ¿puedo yo vivir
sin mi dueño idolatrado?
¿Por qué estás pálido y yerto?
(Asiéndole de una mano.)
¿Qué te pasa?... Escucha... Mira...
¿Que le has matado? ¡Mentira!
Tú sí que pareces muerto.
Habla: ¿qué debo temer?
Di: ¿qué has hecho de tu hermano?
¿Será verdad que esta mano?
(Soltando con horror la mano que le tiene asida.)
¡Si no lo puedo creer!

LUIS. Era la ofensa evidente.
Cegaba yo de coraje;
estábamos en paraje
para el duelo conveniente;
disparé; caer le vi;
toda mi sangre se heló;
le llamé; no respondió;
trémulo de espanto huí.

CLARA. Pero ¿es verdad?

LUIS. Sólo el llanto
puede consolarte ahora.
Llora, desdichada, llora...

¡Los dos lloraremos tanto!
Quien por odio a su enemigo
a empresas tales se lanza,
donde piensa hallar venganza
halla su propio castigo.
Clara, Clara, ¡amor fatal!

CLARA. Hermano, ¡malditos celos!

LUIS.¡Haced un milagro, cielos,
y que viva mi rival!

CLARA. Si aún vive... Si por ventura
no fuese el riesgo tan grave

LUIS.¡Vana esperanza!

CLARA. ¿Quién sabe?

LUIS.¡Ay, no! Su muerte es segura.

CLARA.¿Y tú, Luis? ¡Qué horrible hazaña!
¿Tú correr su sangre has hecho?
¿Tan duro tienes el pecho?
¿Tan implacable es tu saña?
¿Quién no te ha de aborrecer,
malvado, cruel, impío?

LUIS. Pero ¿hay paciencia, Dios mío,
para oír a esta mujer?
¿Cuando mi mano homicida
maldigo yo propio; cuando
por la vida de Fernando
diera contento mi vida;
cuando está mi corazón
condenado a eterno duelo,
tú, en vez de darme consuelo,
acrecientas mi aflicción?
Tú sin tregua has avivado
mi celoso frenesí;
tú hiciste que ardiera en mi
el furor que me ha cegado;
tú me exigiste que en él
nuestras ofensas vengara;
¿y tú me llamas, tú, Clara,
malvado, impío y cruel?
Sé que a darme tales nombres
derecho tiene cualquiera;
sé que cambiarme pudiera

por el más vil de los hombres;
mas tú, ciega como yo,
como yo cruel, impía,
tú no aumentes mi agonía,
tú no me culpes, tú no.

CLARA. Quiero verle.

LUIS. Aguarda.

CLARA. Ven.

LUIS. Advierte.

CLARA. Ya nada advierto.

LUIS.¿Y si le encontrarnos muerto?

CLARA.¡Muera yo entonces también!
(Van a salir por el foro, y entra ANTONIO. Al verle, ambos lanzan un grito.)

ESCENA XII

DICHOS y ANTONIO.

ANTONIO. Os buscaba.

LUIS. Habla.

CLARA. ¿Qué ha sido
de Fernando?

LUIS. Dilo.

CLARA. Sí: Vamos.

LUIS. Habla.

CLARA. Pronto.

LUIS. Di.

ANTONIO. Como estoy tan conmovido...

CLARA.¿Por qué?

LUIS. La nueva es funesta,

¿verdad?
CLARA. ¿Por qué?

ANTONIO. Lo diré,
si ustedes callan.

CLARA. ¿Por qué?

LUIS.¿No hablas? Responde; contesta.

ANTONIO. Pero...

CLARA. Acabe mi ansiedad.

LUIS. Mitiga nuestro tormento.

CLARA. Usted venía contento.

LUIS. Tú llorabas.

CLARA. La verdad.

LUIS.¿Ese llanto?

ANTONIO. Es de alegría.

CLARA.¿Vive aún?

ANTONIO. ¡Pues no que no!
¿Para qué he estudiado yo
Medicina y Cirugía?

CLARA.¿Oyes, Luis?

LUIS. Sí... Mal hicieras
en mentir.

ANTONIO. (Queriendo llevarle hacia el foro.)
¡Oh! Ven conmigo.

LUIS.¿Vive... eh? ¿Vive?

ANTONIO. Que sí digo.

LUIS.¿Con que sí? ¿Vive? ¿De veras?...

ANTONIO. ¡Dale!

CLARA. No dudes.

LUIS. Bien; ya sabemos que vive.

ANTONIO. Y qué, ¿no te alegras?

LUIS. Aún no sé.
Aún no sé si vivirá.

CLARA.¿Pues no?

ANTONIO. Por Dios que me creas.

LUIS.¿Vivirá?

ANTONIO. Yo te lo fío.

LUIS.(Estrechándole repetidas veces contra su corazón.)
¡Ay, Antonio, Antonio mío,
bendito, bendito seas!

ANTONIO.¡Bendito Dios!

CLARA. ¡Qué ventura!

ESCENA XIII

DICHOS y PEDRO.

PEDRO.(Desde la puerta del foro.)
Ya ha venido ese sujeto.

ANTONIO .Fuera excusado el secreto.
Ese sujeto es el cura.

LUIS.¡Un cura!

ANTONIO. Avisado estaba...

LUIS. Sigue.

CLARA. ¿Y qué?

ANTONIO. Que aprovechando
la ocasión... Como Fernando
teme por su vida...

LUIS. Acaba.

ANTONIO. Quiere que a salvo ante todo
quede la reputación
de María; que la unión
se verifique del modo
que ahora permita su estado.

LUIS.¡Clara!

ANTONIO. ¿Y ella?

LUIS. Ha consentido.

CLARA.¡Luis!

ANTONIO.(Vase con PEDRO.)
Ustedes lo han querido:
Ustedes los han casado.

ESCENA ÚLTIMA

CLARA y LUIS.

CLARA.¿Qué es esto?¡Válgame el cielo!

LUIS.¡No sé qué pasa por mí!

CLARA. Pues entonces, necio, di,
¿de qué ha servido ese duelo?

LUIS.¡Ella ajena!

CLARA.¡Él de otra esposo!

LUIS.¡Corramos! (Van hacia el foro.)

CLARA. ¡Oh!

LUIS.(Deteniéndose los dos.)
¡Fuera, impío!

CLARA.(Cayendo de rodillas.)
¡Hazla dichosa, Dios mío!

LUIS.(Levantando las manos al cielo.)
¡Dios eterno, hazle dichoso!

FIN DEL DRAMA

Librodot